

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — TOMO XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 28. — N° 866.

Administracion general, pasage Saulnier, número 4, en Paris.

## SUMARIO.

El Mariscal Saldanah; grabado. — Importancia de la teología en el siglo XIX. — Curiosidades científicas. — La Bohemia y sus meetings; grabado. — Insurrección de Cuba; grabado. — revista de Paris. — Poesía. — Ferrocarriles económicos del sistema Fell. — Las carreras del Havre; grabado. — Incendio de la calle Estanislao en Paris; grabado. — Inauguración de las galerías de las gargantas del Fier; grabado. — Tiendahospital; grabado. — Curiosidad literaria. — La Francia pintoresca; grabados. — Excavaciones de un oppidum galo; grabados. — La espada del muerto. — El del capuz colorado. — Hotel A. - T. Stewart en Nueva York; grabado. — Maquinaria; grabado.

despues el ministro portugués le nombraba gobernador del Brasil y comandante de tierra y de mar, y viendo que en vano esperaba las tropas que necesitaba, envió su dimision de jefe del poder ejecutivo.

Entonces volvió á Portugal: el pais se hallaba muy agitado, la guarnicion de Lisboa se habia sublevado á instigacion de la reina Carlota, pronunciándose contra la Constitucion, y Saldanah fué llamado á restablecer el orden. Con efecto, no tardó en vencer al partido miguelista y en calmar la efervescencia popular, haciendo firmar á Joo VI (31 de mayo de 1833) la proclamacion en cuya virtud se reconocian y garantizaban los derechos de la nacion.

En 1829, Saldanah recibió orden de la reina Maria II de pasar á la isla de Terceira, para llevar allí á los portugueses emigrados á Inglaterra.

Asaltado por dos fragatas inglesas mandadas por el comodoro Walpole, el conde de Saldanah respondió que estaba resuelto á cumplir las órdenes que habia recibido, y que las ejecutaria, á menos que el comodoro no le hiciese prisionero ó no echase á pique sus trasportes.

El comodoro persistió en su ataque, y en semejante situacion el general dispuso una retirada pacifica, sin que por esto el cañon inglés dejase de disparar contra los portugueses indefensos.

Justamente resentido con una conducta inaudita en la historia de los pueblos civilizados, el general Saldanah no quiso volver á Inglaterra, y dirigiéndose hácia Francia desembarcó en Brest.

El general Saldanah tuvo en Francia buenas relaciones: Lafayette, M. de Neuville, Armand Carrel le recibieron en su intimidad.

Pero en Portugal no fueron las cosas como se habia creído. Las tropas pedian altamente el regreso de Saldanah, y Don Pedro, que habia rehusado sus servicios á su paso por Francia, tuvo que llamarle. En cuanto llegó le confiaron el puesto mas difícil; tuvo que defender el terreno que separa la costa de la ciudad de Oporto. En esta ocasion desplegó una actividad increíble, opuso al enemigo la mas vigorosa

EL

## Mariscal Saldanah.

El mariscal duque de Saldanah ha tenido el honor de ser recibido por el emperador en audiencia pública en el palacio de Tullerías y de entregarle las credenciales de S. M. el rey de Portugal, que ponen término á la mision del conde de Avila y acreditan al duque en calidad de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca de Su Majestad.

Pocos hombres políticos han tenido una carrera tan fértil en grandes sucesos, pocos hombres contemporáneos han sido tan universales como el mariscal de Saldanah.

El mariscal se ha distinguido en todos los ramos de la actividad humana, así durante la paz como durante la guerra, en la ciencia como en la administracion.

En 1803, á la edad de catorce años, entraba en el servicio militar, y dos años despues era capitán. En 1810 estuvo á la cabeza de un batallon en la jornada de Busaco. Delante de Bayona en 1812, mandaba una division entera. En 1815 recibió un mando en el pequeño ejército de voluntarios reales que pasaron á América. Dos años



El mariscal duque de Saldanah, nuevo embajador de Portugal en Paris.

resistencia, y la victoria llevó brillantemente al general Saldanah hasta la capital portuguesa.

Altos honores esperaban al vencedor. Cuando la reina Maria entró en la capital, su padre, tomando de la mano al ilustre guerrero, se le presentó diciendo: «No os presento el general Saldanah, sino el mariscal Saldanah, á quien debeis vuestra corona.»

En 1846 fué necesario tomar medidas para prevenir la guerra civil. Poco tiempo despues el mariscal debió hacer prodigios de valor para tomar por asalto la famosa fortaleza de Torres Vedras, que el mariscal Massena calificó de inexpugnable en 1810. Cara pagó la victoria, pero salvó á la monarquía.

Las intrigas de sus enemigos le hicieron pasar en 1851 á la oposicion, y entonces el mariscal salió de repente de Cintra con sus edecanes y proclamó la insurreccion contra el gobierno que habia perdido la estimacion y la confianza al pais.

La empresa tuvo el mas feliz éxito; pero el mariscal, que no deseaba mas que consolidar el trono de su soberana, declaró que mandaria fusilar inmediatamente á todo el que no victorease á S. M. Doña Maria II.

Comprendiendo entonces la reina la conducta tan noble como desinteresada del mariscal, le llamó á su lado y el mariscal Saldanah fué nombrado ministro de la Guerra, presidente del Consejo y comandante en jefe del ejército portugués.

El duque de Saldanah es seguramente el primer hombre político y militar de Portugal, y en el extranjero se le respeta no solo por sus inapreciables servicios, sino tambien por su ciencia y por sus virtudes patriarcales.

G. CH.

## Importancia de la teología

EN EL SIGLO XIX.

(Continuacion — Véase el N.º 865.)

El fatal egoismo como fruto dañado de tantos corrompidos gérmenes, y el corazon, casi violentados sus espontáneos instintos, latiendo sin cesar menos al influjo de esa idea que engendró su primer latido. En general, la duda en el mundo científico, la indiferencia en el religioso, el egoismo en el moral, y en la sociedad inquietudes y desconfianzas. Ya que los hechos la rechazan, un perpétuo aplazamiento de felicidad, un doloroso presente y un oscuro porvenir. Penoso es confesarlo, pero, aunque tosco, ese retrato es fiel de la época presente. Y sin embargo, el siglo XIX es grande; considerado de ambas maneras, esto es innegable. Y es que la grandeza es independiente de la bondad: el cielo es grande, mas tambien lo es el abismo.

Verdaderamente la grandeza de nuestro siglo es extraña; tiene algo de siniestra. Cuando en presencia de su augusta y terrible majestad el ánimo cae en la contemplacion, mil diferentes y aun opuestas ideas lo combaten, mil sentimientos distintos lo poseen, y de esta oposicion de ideas y sentimientos resulta una congojosa duda en el juicio, y una duda tambien congojosa acerca del porvenir. Las claves de las diversas filosofías de la historia no dan de él un conocimiento conforme con los eternos principios de justicia y en armonía tambien con los sentimientos del corazon: tan diferentes son los elementos que lo constituyen, tan varias las fases que presenta al observador. Por eso una cosa sobresale, destacándose fuertemente sobre el conjunto; el contraste, la lucha entre los mas opuestos principios. Ese dualismo, que reside en las entrañas del individuo y de la sociedad, es hoy mas pronunciado que en las demás épocas de la historia, en las cuales dominó siempre con mas ó menos violencia alguno de los principios supremos. Tanto el bien como el mal existen en nuestros dias generalmente admitidos, uno al lado del otro, y esparciendo rápidamente su sávia salvadora y su mortífero veneno.

Y es que colocado el mas alto en la escarpada pendiente que sube la humanidad, siendo el décimonono el último siglo de la historia, ha recibido en su seno todos los trabajos y riquezas acumulados en su vida por la inteligencia del hombre. En presencia de este legado inmenso abrió con arrogancia un solemne juicio á la razon humana, desprendiéndose, sin duda para ser imparcial, de todas las ideas que el tiempo y la conciencia habian autorizado, puesto que no debian hacer valer en adelante mas legitimidad que la adjudicada por este fallo inapelable. Pero obedeciendo á una eterna ley del espíritu se arraigaron en su débil corazon los objetos que estudiaba su inteligencia, abortando las creencias mas diversas como resultado de tan dilatado examen. Así es como aceptó y conserva los mas contradictorios principios. Preguntad si no á nuestro siglo por sus ideas religiosas, y lo vereis incluir en su profesion de fe con la doctrina de Jesucristo al ateísmo, aunque por una noble inconsecuencia no confiese ese baldon de la criatura racional; preguntadle por su filosofía, y al lado de la de Santo Tomás, de Descartes y de Malebranche, vereis alzarse los mas extraños delirios que la razon privada de la fe acumuló en su historia; preguntadle por su teoria de la sociedad, y os espantará junto al orden existente las generosas locuras de Saint-Simon, de Fourier, de Luis Blanc y de Proudhon; preguntadle, en fin, por la naturaleza del individuo, y observareis cerca del hombre del paraíso á

ese otro monstruoso boceto humano despertando de su letargo en un perpétuo desarrollo, á ese extraño Adán, informe y mutilado, que tan brillantemente describe la retrógrada escuela del progreso indefinido.

En medio de ese raro conjunto y disonancia que ofrece nuestro siglo, obsérvese, si bien se mira, una causa general de su crítica situacion, á saber, la debilidad del espíritu humano. Si, ese tambien es el hecho característico, el hecho inmenso de la moderna civilizacion. Tal vez parezca audacia suma afirmar esta verdad hoy que la inteligencia del hombre, cargada de laureles y sobre el pedestal de la naturaleza casi sojuzgada, parece exigir homenaje á los cielos y á la tierra. Sin embargo, bien considerado, hay en ese pomposo alarde mas presuncion que fuerza, mas soberbia que pujanza. No voy, á condenar desde mi pequenez las glorias de la razon; no es esto levantar mi débil voz para cercenar una parte de su magnífico tesoro, ni á lanzar en tono declamatorio el anatema á la frente de mi siglo, sin duda el mas importante de la historia: consigno solamente un hecho que lo caracteriza. El mal no es de hoy. Si el presente lo cansa y fatiga y el porvenir lo inquieta, esas fatigas é inquietudes vienen preparándose hace trescientos años. Hacia quince siglos que el espíritu humano elaboraba dentro del círculo teológico una ciencia, cuyas especulaciones, despues de ponerlo en paz consigo mismo, le habian prestado robustez para lanzarse á descubrimientos futuros, y cuya práctica engendrara una grandiosa y varonil civilizacion, gérmen precioso de la que hoy nos envanece. Al llegar el siglo XV, permítaseme la expresion, la lógica de la Providencia iba á realizarse. Constituidos el orden religioso y el moral, formada ya la conciencia del individuo y de las sociedades, rica con estas fundamentales adquisiciones la razon, debia lanzarse á la conquista de la naturaleza, y á suavizar con un grado mayor de ilustracion las rígidas formas de convicciones demasiado exclusivas. Pero entonces, en esta situacion crítica y solemne que iniciaba el Renacimiento se verificó el divorcio entre la filosofía y la teología, entre la razon y la religion, lamentable acontecimiento que jamás deplorará demasiado la humanidad. Púsose entonces la razon á bosquejar una nueva creacion, alentada por las hermosas conquistas que adquiria en otros ramos del saber con los admirables auxilios de Bacon, de Galileo, de Newton y de Descartes, conquistas que en nada habria amenguado la influencia teológica que encendió tan poderosos genios. Pero siendo imposible esta obra al entendimiento aislado, sucedió el fenómeno que llena la antigüedad; la razon cayó sobre si misma, aquejada de impotencia, y se substituyó á la ciencia sagrada un nuevo paganismo, mas orgulloso y perjudicial: una vez desahogada del áncora de la revelacion, rodó del protestantismo al filosofismo, despues al naturalismo, luego al materialismo, hasta caer desvanecida y deshonrada en el escepticismo. Hé aquí tres siglos perdidos para la ciencia y para la felicidad del género humano. Si al compás con que avanzaba en los conocimientos naturales y exactos, utilizándolos en provecho del hombre con sus aplicaciones á la vida, no hubiera retrocedido en las morales especulaciones, el dominio de la razon seria hoy mas extenso, la sociedad mas feliz y ella dispuesta á terminar su obra.

Por el contrario, ese trabajo de destruccion la envuelve entre ruinas que su cansada mano no puede apartar para edificar de nuevo. Al arrancar de la conciencia las antiguas y racionales creencias, las ideas que estas sustentaban, las importantes cuestiones que resolvian, bruscamente separadas de su base, quedaron en el aire á merced de todo viento de doctrina. Imposible era desconocerlas; y siendo tambien imposible penetrar su oscuridad, el espíritu humano se limitó á plantear indefinidamente los problemas cuya solucion olvidara, aventurando acerca de ellos diferentes afirmaciones. La ciencia además ha sido fraccionada, entorpeciendo su marcha hácia la unidad, y rota la armonía entre las facultades del hombre, educadas en lamentable desproporcion. Por esto la inteligencia y la imaginacion no se armonizan hoy en ningun objeto, siguiendo por distintos rumbos sus naturales desarrollos.

Entretanto el espíritu del hombre, orgulloso con sus triunfos, se extravió, pretendiendo colocarse fuera de la ley de los seres racionales: con el abuso de sus santos é indisputables derechos perdió de vista su origen y sus deberes; desconoció el deber de la obediencia, las limitaciones que tiene dentro y fuera de si mismo, la necesidad y el mérito de un sacrificio, y se ha entregado en brazos de la pasion mas noble y temible del ser racional; el deseo inmoderado de saber, ó la pasion de la inteligencia. Así es como el rompimiento entre la filosofía y la teología trajo consigo, con la pérdida de un tiempo precioso, el decaimiento del espíritu. Si su obra es grande, magnífica: ¿quién se atreverá á negarlo? Pero está muy lejos de ser lo que debiera. Aquí es donde la teología, levantándose en nombre de la razon y del género humano echa en cara al espíritu moderno su debilidad y su ignorancia.

Ahora bien, considerando atentamente al siglo décimonono, la causa primera y mas universal de su presente estado y el objeto de su mision en la historia, échase de ver tres necesidades imperiosas para reformar el presente y fecundar el porvenir, que la teología y solo la teología puede satisfacer. Necesita una idea para su inteligencia, un sentimiento para su corazon y una teoria que practicar conforme con las leyes y destino de la naturaleza humana. Pero esa idea y la ciencia que ella engendra es la teología, y ese senti-

miento está en la teología, y tambien ella comprende una práctica racional, conveniente y exenta de temores y peligros.

El progreso verdadero, diré mas, la existencia misma de todos los seres es inconcebible mientras no se verifique con arreglo á las leyes de su naturaleza. Sin esta condicion su vida es débil y su perfeccionamiento un retroceso. Aplicando esta regla á los seres inteligentes, en los que ciertamente es mas rigurosa su observancia, resulta que cuando la razon humana despegue su actividad sin someterse á las leyes inviolables y sagradas que constituyen su ser, se suicida en cierto modo, porque hace imposible su progreso. Hace mas de dos siglos que, engañada acerca del asunto mas importante, se entregó á un trabajo deletéreo; se desconoció á si misma, llegando hasta trastornar á su antojo y en provecho suyo el orden de la creacion, empenándose en borrar de su frente la gloriosa marca de criatura privilegiada, para sustituirla con el sarcástico título de creador. De este modo el inmenso beneficio que le otorgó la revelacion, instruyéndola acerca de su naturaleza, quedó infructuoso, y ha corrido el inminente riesgo de perder con esa verdad todas las que llovieron sobre la tierra, entregada á las disputas de los hombres. Imposible es marchar adelante sin conocerse profundamente: sobre esta nocion ha de levantar su obra, y sin ella serán infecundos los frutos de la inteligencia. Donde esta enseñanza admirable y salvadora exista, allí la razon debe abrazarla, porque con ella recibe su salud. Ved aquí á la teología satisfaciendo la primera necesidad del ser moral, ó el primer fruto de esa idea que hoy falta á la inteligencia de nuestro siglo. Porque hoy como siempre la ciencia divina trae consigo la explicacion de las cosas, que sin su auxilio serian inexplicables, entre las cuales tiene principal lugar el cabal conocimiento del alma humana. Solamente ella supo responder á esa pregunta que por espacio de cuatro mil años vino haciendo la humanidad. Ella sola tambien enseña á la razon sus derechos, le prescribe sus deberes, le manifiesta la naturaleza de la verdad y la parte que en su elaboracion y adquisicion le corresponde. Ella la dirige, le aconseja, le enseña el uso legítimo de sus fuerzas, marcándole los límites de su imperio. Ella, en fin, llamándola dentro de si misma, ilumina con luz superior las oscuridades de la conciencia para que se conozca, y poniendo en su mano el verdadero cetro de la creacion, le señala en el vasto campo de las especulaciones intelectuales el único sendero iluminado por los resplandores de la cruz. Su eficacia va mas allá. Así como desconociéndose está expuesta á ignorarlo todo, así tambien con esa ilustracion empieza á libar el cáliz saludable, en cuya última gota recibe el complemento de su salud y de su ventura.

Pero otro servicio no menos importante y de urgente é inmediata aplicacion presta á la inteligencia esa idea que envuelve la teología. El estado en que se halla el mundo científico debe concluir, porque solo á ese precio es posible la felicidad. Esa fluctuacion de los mas necesarios principios, en la que se agitan fuera de su centro intereses tan caros para la humanidad, es tan violenta como peligrosa. Pesa sobre la razon el deber de reintegrarla en el tesoro que su análisis le arrancó, de resolver las trascendentales cuestiones que solo supo proponer, de uniformar los juicios sobre un punto de tamaño interés, de buscar la paz de las sociedades en la paz de los entendimientos. ¿Cómo dará cima á esa empresa sin la teología? Sin ella es imposible, y la historia de tres siglos lo dice con terrible elocuencia. Satisfecha esa urgente necesidad, y echados los cimientos del futuro trabajo, la teología se presenta en los umbrales del porvenir, ofreciendo á la razon en el término de su progreso la gloriosa corona de la sabiduría.

Tal seria el mas bello fruto de la influencia teológica sobre el espíritu de nuestro siglo: abrirle los horizontes del porvenir, realizar en cuanto es posible una aspiracion sublime, ayudarle á ligar entre si las verdades parciales de todas las ciencias para encontrar en su armonía la verdad, la sabiduría. Porque existe hoy un hecho de altísima importancia que caracteriza la época presente. En medio del caos que ofrece la moderna filosofía, en la general confusion que presenta el mundo científico, en la agitacion de tantos elementos, y como objeto final de esa actividad devoradora del espíritu, se vislumbra una cosa grande, la unidad de la ciencia.

A ese fin marcha sin clara conciencia de ello la inteligencia, por medio de su inmensa elaboracion: á cada descubrimiento, á cada paso en sus conquistas, los principios se simplifican y encuentran fórmulas sencillas, sintéticas, donde brilla la luz que antes persiguió en largas y laboriosas inducciones. De una parte, la naturaleza y las aspiraciones de la inteligencia divisan, si quiera sea en oscura lontananza, ese término sublime, y de otra, sus malos hábitos dificultan grandemente su realizacion; dudoso es para nosotros, mas en la duda es altamente digno y necesario esforzarse para alcanzarlo. A juzgar por lo que vemos, está próximo ese acontecimiento que sesenta siglos vienen preparando, y el décimonono parece destinado, si no á terminar la obra, por lo menos á empezarla. Las riquezas allegadas por la razon en el discurso de su vida son inmensas. Despues de trescientos años de minucioso examen, en que aceptó y desechó sucesiva y arbitrariamente cuanto alcanzaba, sobrecargada además de la herencia de las edades con sus últimas conquistas, parece haberse detenido para reconstruir: despues del análisis ha llegado la síntesis.

(Se continuará.)

## Curiosidades científicas.

LO MARAVILLOSO EN LA HISTORIA NATURAL.

(Conclusion.)

— ¡Cómo! ¿con que ya no serán animales?  
 — ¡Ay! no.  
 — ¿Probablemente serán vegetales?  
 — Tampoco.  
 — Pero, sin embargo, es preciso que sean algo, y toda vez que los seres vivientes son todos plantas ó animales...

— Esto es lo que arredra, porque yo no soy académico; pero si lo fuese...

— ¡Y qué!

— Hé aquí lo que diría:

Para que haya animalidad, es preciso que haya egoísmo y unidad de vida: solo puede haber egoísmo cuando hay un centro común de sensaciones, y por consiguiente nervios; solo puede haber unidad de vida, cuando hay centro común de sensación, como lo demuestra la experiencia, porque ningún animal provisto de nervios se ingerta; toda parte separada de él muere sin volver. Así yo diría: un animal es un viviente provisto de la facultad locomotriz, que posee un centro común de sensación y tiene una sola vida; daría á la clase conocida un nombre cualquiera, el de *polibion* (muchas vidas), por ejemplo, ó el que queráis, y diría: un polibion es un viviente provisto de la facultad locomotriz, que no tiene un centro común de sensación, que tiene una vida múltiple y el azoe por base de su composición química. Este último carácter le distinguiría perfectamente de los vegetales, cuya base química es el carbono.

— Desearia saber lo que entendeis por vida múltiple.

— No hay cosa mas fácil de entender. Tomemos esta náyade: ya veis que su cuerpo se compone de un gran número de anillos, y que son todos, considerados aisladamente, otras tantas náyades, provistas de una vida particular, harto cabal para bastar á este anillo cuando ha sido separado de los demás, toda vez que continúa disfrutando de ella; y que luego despues del cercen, por su solo poder se acabala: hay pues en la náyade tantas vidas como anillos, en el gusano de tierra tantas vidas como pedazos, en el pólipo tantas vidas como partes capaces de reproducir un animal. Así, todos los entes susceptibles de reproducirse por secciones tienen la vida múltiple, y no pueden tener un yo.

Con todo, me objetareis, el animal entero va, viene, obra absolutamente como si no tuviese mas que una voluntad.

— Es cierto, mas esta simultaneidad de movimiento es el resultado mecánico de la adhesión y de la posición relativa de las partes. Ejecute cada una todos los movimientos parciales que le quepan, y resultará necesariamente un movimiento general, tal como lo estais viendo. En el Océano, el *penátulo encarnado* (*Pennatula rubra*, Cuv.) os suministrará un ejemplo de los mas curiosos de este movimiento combinado; aquel ente peregrino, luminoso durante la noche, pertenece á la familia de los pólipos. Su cuerpo común es carnudo, sostenido por un eje petroso, largo, despillarrado, terminado en punta roma como el lado de una pluma larga; parte de su longitud está guarnecida por ambos lados con alas ó barbas sujetadas con recias cerdas, de entre las cuales salen pólipos de ocho brazos, formando todos otros tantos vivientes cabales. Cuando el penátulo nada en el mar, lo verifica por medio de los pólipos, que navegan con sus tentáculos con un movimiento uniforme y simultáneo. Por cierto que si cada uno de ellos tuviese una voluntad, sería muy difícil explicar esta simultaneidad de movimiento, pues mientras que el uno caminaria á la derecha, el otro iría á la izquierda, y los conatos del uno se atajarían con los del otro.

Los mariscos nos presentan algunos ejemplos aun mas notables de esta reunión de vivientes que parecen ir obedeciendo todos á una voluntad común; tales son los *botrilos* (*Botrylus*, Cuv.) de la segunda familia de los acéfalos sin concha; su organización individual tiene mucha analogía con la de los *ascidios*, y sus agallas forman asimismo un gran saco que los alimentos han de atravesar antes de llegar á la boca; su cuerpo es ovalado. Están pegados los *botrilos* sobre algas ú otros objetos, y reunidos en número de diez ó doce como los radios de una estrella; sus bocas están en los remates de los radios, y los anos fenecen en una cavidad común que está en el centro de la estrella. Cuando se irrita una boca, solo un animal se contrae; pero si se irrita el centro, se contraen todos. Los *pirósomas*, (*Pyrosoma*, Cuv.) son aun mas curiosos: reunidos en muy crecido número, forman un gran cilindro hueco, abierto por un extremo y cerrado por el otro, que nada en la mar por las contracciones y dilataciones combinadas de cuantos animales lo componen; estos rematan en punta al exterior, de suerte que toda la superficie del tubo estuvo encrespada; las bocas están horadadas cerca de estas puntas, y los anos dan en la cavidad interior del tubo. Este ó estos moluscos (pues ¿cómo denominaremos este cilindro?) se encuentra en el Mediterráneo y en el Océano. Muchas especies arrojan un vivo resplandor de noche, y todas pueden dividirse como el *penátulo* ó pluma de mar, y los pólipos. Si objetais que los dos botrilos y los pirósomas, teniendo una cubierta común que los reúne, y comunicando orgánicamente entre sí,

pueden tener solo un albedrío cuyo asiento reside en esta cubierta, para desengañaros os enseñaré animales que están aislados y sin conexión orgánica unos con otros, aunque viven á menudo en sociedad.

Tales son los *bifores* (*Thalia*, Brown), tan raramente organizados, que quiero hacerlos su descripción. Tienen el cuerpo rodeado de una capa y de una cubierta terminosa que forma como un saco ovalado ó cilíndrico abierto por ambos extremos. Del lado del ano la abertura es trasversal y ancha, y está provista de una válvula que solo permite la entrada del agua, mas no su salida. Unas fajas musculares abrazan la capa y contraen el cuerpo. Ahora os voy á explicar la extraña manera cómo anda el animal, que carece de los órganos particulares de la locomoción: hace entrar agua por su abertura posterior, y la hace salir impeliéndola con fuerza por la parte de la boca, de modo que siempre es impelido hácia atrás. Lo mas curioso que ofrecen los bifores es que por largo rato quedan unidos entre sí como lo estaban en el ovario, y nadan así en largas cadenas, en que están dispuestos los individuos en orden simétrico y constante, aunque este arreglo varía segun las especies.

Dirigiendo á derecha é izquierda los chorros de agua, y modificando su fuerza, pueden ir á derecha, á izquierda, aprisa, despacio, segun la impresión que reciben de los agentes externos. Ahora, si estos animales no tuviesen mas que una voluntad, si no obedeciesen mecánicamente á las impresiones externas, sería absolutamente imposible que ejecutasen movimientos simultáneos.

Debemos pues concluir de todo esto que los naturalistas que los comparan á los soldados de regimiento cuyas voluntades están todas reasumidas en la voluntad de un jefe que manda, ó si se quiere, en una voluntad única, desatinan; porque, lo repito, los bifores no tienen ninguna conexión orgánica unos con otros, y las hilachas que los eslabonan nada tienen que ver con ellos.

— Toda vez que me haceis una distinción entre vida sencilla y vida múltiple, no cabe duda que me direis lo que es la vida en los animales.

— No hay cosa mas fácil, pues no es mas que el conjunto de los fenómenos operantes de su organización: es una cosa de todo punto mecánica de que voy á explicar todos los móviles, y lo que lo prueba es que hay algunos entre los que yo puedo acabar su vida ó restituírsela siempre y cuando quiera.

— ¡Hola! ¿vos resucitais muertos?

— ¿Por qué no?

— Mucho me alegrara de verlo...

— Venid conmigo al desvan de vuestra casa y miremos por la lumbreira si encontramos en aquella agua de lluvia que ha quedado en la goiera, el ente asombroso con quien repetiremos los curiosos experimentos de Spallanzani. En efecto, ved ahí unos vivientillos vivarachos jugueteando entre sí, ó buscando su presa: pues vamos á meter algunos en un vaso de agua para observarlos mas cómodamente, y para hacernos cargo mejor de su lindeza nos pertrecharemos de anteojos.

Dichos animales son las ahorquilladas de los tejados (*Purcellaria tectorum*). Su cuerpo es ovalado y gelatinoso; se distingue en él una boca, un estómago, un intestino y un ano cerca de la boca; por detras se junta en una cola compuesta de articulaciones que se embeben unas en otras, y allá se alargan en dos hilachas; por delante lleva el cuerpo un órgano peregrino lobulado, con los grillos dentados, cuyos dientes ejecutan una vibración sucesiva que haria creer que este órgano consiste en una ó mas ruedas dentadas que van girando; en el pescuezo hay dos bultos que tienen cada uno un punto colorado, que sin duda será un ojo.

Vamos á sacar del agua estos vivientes y colocarlos en un pedazo de papel de escribir; conforme se vaya secando la humedad, los veis fenecer, porque se encuentran privados del único elemento en que pueden vivir. Pronto se les seca el cuerpo y se desfigura, presentando solo el aspecto de un pedacito de madera seca y desorganizado, sin tener el mas mínimo asomo de animalidad. En este estado, mezclada la *ahorquillada* con el polvo de los tejados, va padeciendo todas las alternativas de este mismo polvo; pues rueda con los pedazos de teja, el trastejador la barre, y se la llevan los vientos, etc., etc. Doblemos el pedazo de papel en que hemos secado las muestras y guardémoslas en el escritorio, y al cabo de quince dias, de tres meses, y hasta de dos ó tres años lo volveremos á tomar para ver en qué se ha convertido todo aquello. Voló el tiempo, y volveremos á hallar á nuestras ahorquilladas absolutamente lo mismo que las habíamos dejado; toquémoslas con precaución, porque están tan secas que la menor cosa las partiria de medio á medio. Mirad, se rompen con tanta facilidad como si fueran palitos de leña seca.

Ahora se trata de resucitarlas: espongámoslas por un instante al vapor del agua tibia; al paso que este las va calando, vereis que se ablandan y se hinchan como esponjas. Zambullámoslas en el agua, y vuelven á hincharse y tomar sus primitivas formas. Ya se deslinda su cuerpo ovalado, su cola articulada y su cuerpo lobado; un minuto despues, empieza la cola á jugar, alargándose y acortándose á ratos; las ruedecitas dentadas del órgano lobado empiezan á girar y el vivientillo se va desaletargando. Se levanta, toma su ademán de vida, desde luego nada con pausa, despues con travesura; en fin, aquí está rebosando de pujanza y sanidad, buscando solícito con que satisfacer todas las

necesidades de la animalidad. Dejémosle gozar un rato de la vida, y luego podemos empozarlo en el sepulcro, y volverlo á resucitar siempre y cuando nos queramos divertir con esta linterna mágica.

Menudead experimentos; en nada le hareis daño, pues esta es su suerte ordinaria. Los hermosos dias de la primavera y del estío que parecen reanimar la naturaleza robusteciendo á todos los vivientes, son para ellas dias de luto y de muerte. Mas cuando se pasean por los aires el rayo y la tempestad, cuando el aguacero se derrumba sobre la tierra, cuando la siniestra voz de las borrascas silba por los cielos, cual el vampiro de las cavernas de Fingal, sacude el polvo del sepulcro y vive hasta que un rayo de sol vuelva á volcarla sobre los brazos de la muerte.

Se conceptuaria que la salamandra acuática de que hemos tratado tiene, como las ahorquilladas, la peregrina facultad de morir y resucitar; pues cuando una fuerte helada la saltea antes que tenga tiempo de zambullirse en la vasija, queda presa en un témpano de hielo, y pasa el invierno helada y encarcelada, volviendo á vivir por la primavera. He conservado una cerrada de esta conformidad en un témpano durante tres años en una nevera; parecia estar muy buena, cuando, despues de todo este tiempo, la volví á la vida y á la libertad.

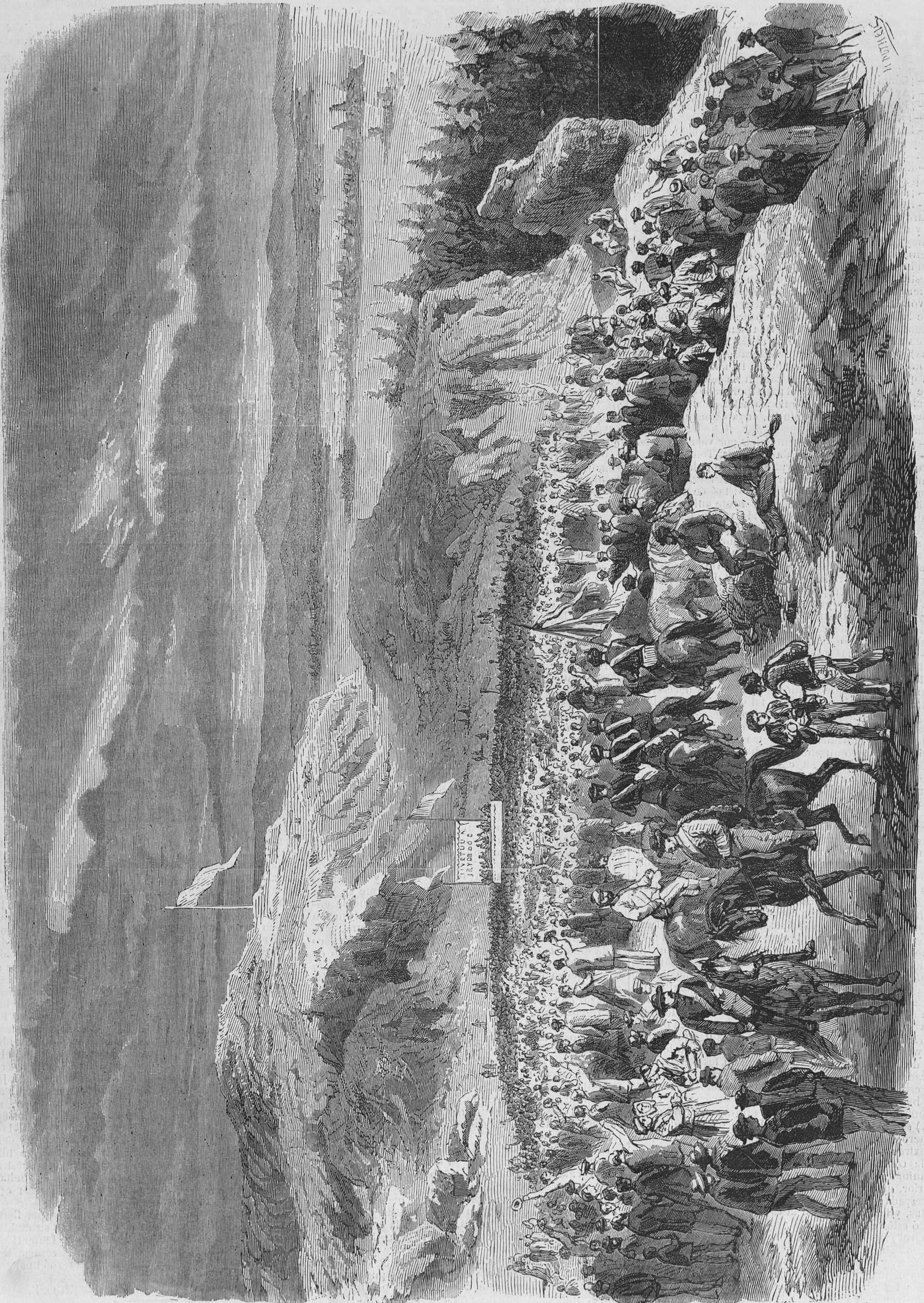
Los mas de los fenómenos de vitalidad con que os he entretenido pertenecen á los moluscos y á los zoófitos, y habreis quedado sin duda pasmados de las formas, muchas veces raras, siempre extraordinarias, que aparentan estos animales. Entre los zoófitos, estas formas son á veces muy agraciadas y traen á la memoria ciertas frutas. El erizo de mar (*Echinus esculentus*, Lin.) tiene la hechura y el tamaño de una manzana, está cubierto de puntas cortas, rayadas, moradas, y exceptuando el color, se parece bastante al fruto encrespado del castaño. La *holoturia pepino de mar* (*Holothuria frondosa*, Lin.) es morena, de mas de un pié de largo; sus piés, muy cortos, están distribuidos en cinco series, que se extienden como tajadas de melon, desde la boca hasta la extremidad opuesta del cuerpo.

En una hermosa madrugada de estío vamos á sentarnos sobre un peñasco pintoresco que allá se interna en medio de las cristalinas aguas del Mediterráneo. Al través de la transparencia de las olas descubrimos el fondo arenoso, á una gran distancia al rededor de nosotros, y mientras que nuestros ojos están acechando el pez de plateadas escamas ó la langosta caminando patas atrás, deja ver el sol su luminosa frente en el horizonte. Aquel destello intenso que de improviso embarga y regocija la naturaleza, es una señal que va á sacar á luz en aquel fondo arenoso una mágica mudanza de decoración. Poco á poco se trasforma en una galana alfombra de anémonas floridas, destellando los mas subidos y variados matices. El amante del jardín mas rico en ranúnculos y en anémonas se avergonzaria de la mezquindad de su cuadro, si lo comparase con este. Entre aquellas hermosas alfombras de flores abiertas con los rayos del sol, os haré notar algunas especies de las mas lindas. Esta es la actinia coriácea (*Actinia semilis*, Lin.); sostenida su flor como la de las otras especies por un pezoncillo bastante largo, tiene tres pulgadas de largo, y es de un hermoso amarillo anaranjado; se compone de dos filas de pétalos bastante cortos y bañados de un lindo círculo sonrosado. Mirad á su lado la actinia púrpura (*Actinia equina*, Lin.) con flores mas pequeñas y mas dobles que la anterior; sus pétalos, mas largos son de una linda púrpura salpicada de manchas negras. Aquí está la actinia blanca (*Actinia plumosa*, Cuv.); su flor se asemeja á un clavel de cuatro pulgadas á lo menos de anchura, sus pétalos, de un blanco brillante, están cubiertos de pequeñas cortaduras como las del trébol que crece en nuestros pantanos. Mas lejos están las zoantas (*Zoanthus*, Cuv.), que no difieren de las actinias sino en cuanto un gran número de flores están reunidas en un tronco idéntico y rastrero, y ofrecen los mas variados matices. Los lucernarios (*Lucernaria*, Cuv.) tienen flores peregrinas que se parecen á un quitasol. En fin, sería nunca acabar si quisiera describiros todas las brillantes hijas de Anfítrites, tan enamoradas del sol, que cierran el cáliz en el mismo momento que se interpone la menor nube entre ellas y él.

Las flores, como ya sabeis, son el emblema de la inocencia, de la suavidad y de todo cuanto tiene mas halagüeño la edad primera; y no lo deben solo á su belleza, sino tambien á la inocencia de sus hechizos. Estudiemos estas de mas cerca, y veremos si la sencillez de sus costumbres corresponde al concepto que de ellas nos habiamos formado. Crustáceos, mariscos y peces, despertados por los albores del dia, vienen á juguetear en medio de aquellas brillantes flores. Tiemblan de repente sus corolas, los pétalos se estremecen, se alargan y cogen en su paso á estos animalitos, los enlazan y los acercan á una enorme boca que se dilata y se los engulle. Despues e-los pétalos se contraen y desaparecen: se acorta el pedúnculo de la flor, se hincha, se desprende de la arena, y ved ahí que nuestras supuestas plantas van trepando, caminan dando vueltas, nadan y abandonan aquel paraje para ir á armar una emboscada en otra parte.

Estas entidades fantásticas que teniamos por flores inocentes, son animales voraces que ocultan su maldad bajo las apariencias mas esplendorosas y fementidas. En el mundo encontrareis muchos entes semejantes, pero que no pertenecen como estos á los zoófitos *acalifos*.

M. DE F.



BOHEMIA. — Meeting en la montaña Müzsky.

LA

**Bohemia y sus meetings.**

La obra del conde de Beust, el sistema de duelismo vigente en la actualidad en Austria, ha producido un estado de cosas sumamente precario. Nadie lo niega ya, y de un momento á otro se espera un cambio radical en la política interior, único medio de detener á la monarquía en la pendiente de la ruina por donde corre, no sin grandes peligros para la tranquilidad y la seguridad de Europa.

Entre los pueblos sacrificados por el dualismo á la hegemonía germánica *cis* y *trans* leithaniana, ocupa ciertamente el primer puesto la nación bohemia, la cual disfruta bajo todos conceptos de un desarrollo intelectual y material que no tiene que envidiar nada á la cultura de las razas más adelantadas del imperio de los Habsburgos, y los países de la corona de san Wenceslao no cuentan menos de 3.300,000 tcheques, fuerza relativamente importante.

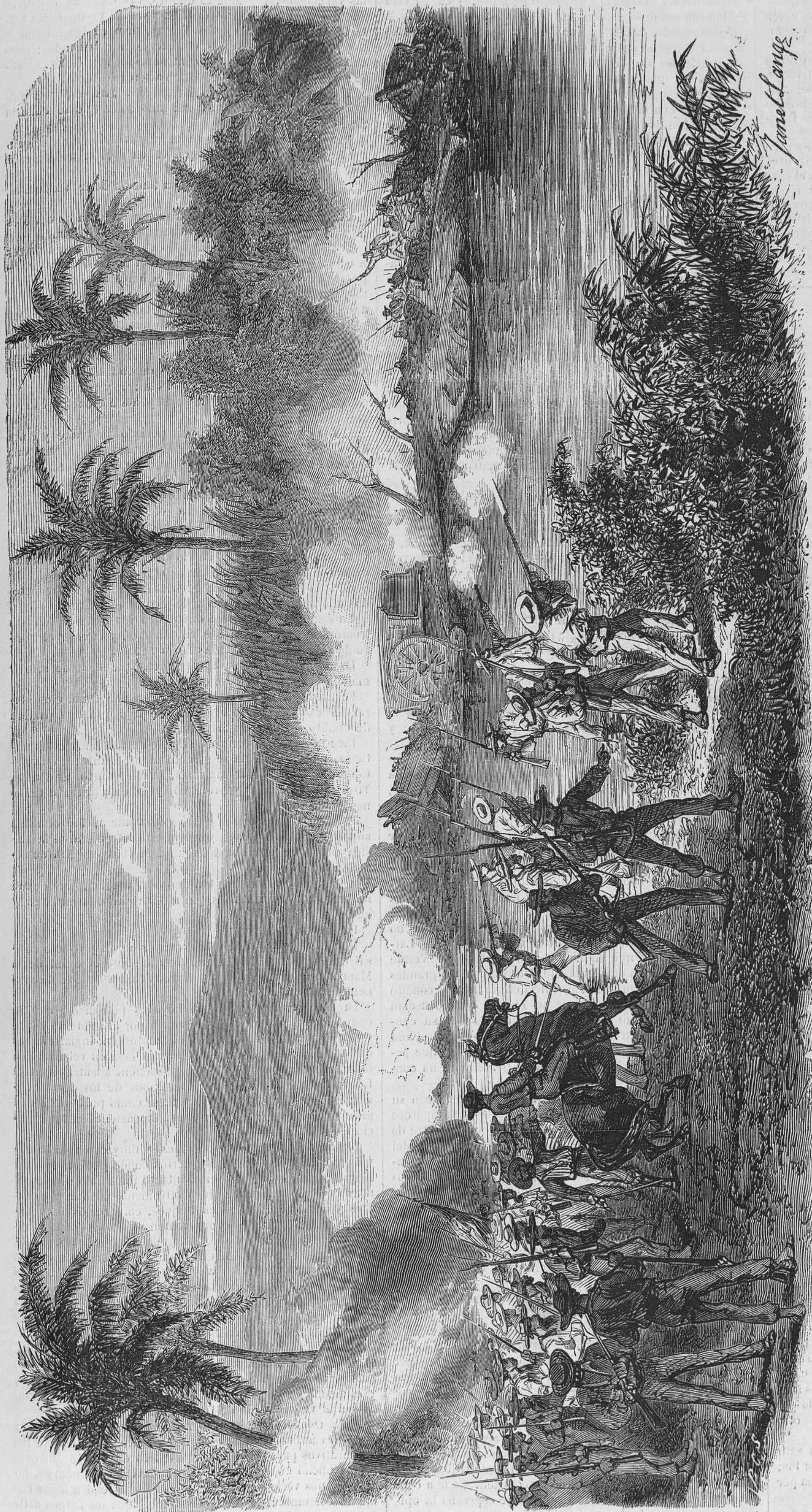
Desconocer los derechos de los tcheques, ajar sus sentimientos y chocar con sus aspiraciones, á fin de favorecer la preponderancia de los alemanes, cuya población no pasa en Bohemia de 1.300,000 almas, ha sido un acto político de los más deplorables, y que podría tener las consecuencias más funestas. Cierto es que el ministerio de Viena ha tratado de presentar su conducta en esta ocasión como una necesidad política de primer orden, y ha buscado como una excusa en la vecindad inmediata de la Prusia, cuya influencia sobre el elemento alemán la inspira temores. Sin detenernos en el examen del fondo moral que contiene semejante teoría política, sería fácil probar que el descontento de los tcheques puede en un momento dado producir consecuencias mucho más desastrosas, y en las cuales no parece haber pensado el actual gabinete de Viena. Así debe pensar todo el que conoce la situación del Austria en general y la de la Bohemia en particular.

Los tcheques, como toda nación que tiene conciencia de su valor, han resistido con todas sus fuerzas á la supremacía germanizadora que han querido imponerles. De aquí han resultado muchas persecuciones, sin otro resultado que el de provocar una agitación doble y llevar hasta el colmo la irritación de los ánimos, con cuyo motivo se ha apelado á todos los medios posibles para inflamar al pueblo en defensa de su nacionalidad.

Todos los domingos hay meetings formidables, ó fiestas patrióticas, esto es, grandes demostraciones que reúnen en un punto cualquiera del territorio, masas compactas que varían de veinte mil á cincuenta mil personas. La autoridad se esfuerza en apartar los programas políticos y rehusa las autorizaciones para las asambleas en donde se quiere tratar de esas materias.

Adoptan pues asuntos al parecer muy inofensivos, como por ejemplo, disertación sobre las mejoras que deben introducirse en la agricultura, en la instrucción del pueblo, etc., etc.; pero los oradores encuentran modo de deslizar alusiones en las barbas del comisario que asiste á la reunión, y á veces son tan claras, tan palpables, que sus autores incurren en condenas de multa ó de cárcel en virtud de un delito especial, «por haber salido de los límites del programa.»

El dibujo que acompaña representa el gran Tabor del monte Muzeky, cerca de Munchengraetz. Este meeting, celebrado el 11 de julio último, y al que asistían unos 50,000 hombres, dió á la nación y á la prensa francesa un voto de gracias que han publicado varios diarios de los principales parisenses, y que dice así :



Insurrección de Cuba. — Combate de las compañías de la división del general Letona en el pasaje del Puerto del Padre.

Tabor del Muzsky, 11 de julio de 1869.

El meeting reunido hoy en el monte Muzsky, cerca de Munchengraetz, y que contaba mas de 40,000 hombres, tomó la resolución siguiente:

«El meeting da las gracias con efusión á la prensa francesa que, durante la persecucion que ha sufrido la prensa bohemia, tomó el partido de nuestra autonomia nacional y del derecho histórico, y expresa al mismo tiempo sus mas vivas simpatías á la noble nacion francesa.»

La guerra de 1866 ha disminuido las distancias entre la Francia y la Bohemia; un lazo de reciprocos intereses une hoy á entrambas naciones, y consultando el mapa, se ve lo que puede valer su alianza, dada la situacion actual de nuestro continente. Nos prometemos que las mútuas demostraciones de simpatía á que asistimos entre los dos pueblos, serán un resguardo mas para la paz europea.

L. R.

### Revista de Paris.

Es raro que Paris pase muchas semanas sin uno de esos acontecimientos ruidosos que absorben la atencion general y suministran abundante pasto á la crónica. Estos últimos dias hemos tenido uno de esos sucesos que inspiran á todo el mundo un interés sostenido. Era la odisea de uno de esos banqueros de mala ley, que no reparan en los medios para atribuirse los bienes del prójimo, con los cuales figuran en el mundo en esa clase privilegiada de los hombres de dinero. Su existencia, cuando se ve exteriormente, aparece rodeada de todos los goces materiales que hoy constituyen la ambicion de tantos hombres; pero, ¡ay! la medalla suele tener un reverso, y esta vez, las tales grandezas no compensarán seguramente el terrible golpe de la caida.

Nuestros lectores no se hallan sin antecedente alguno en la materia, y quizás se recordará que hace algun tiempo anunciamos que un cajero de la poderosa compañía de la Union, habia encontrado modo de engañar la confianza de sus jefes durante veinte y cinco años, mientras iba sacando de las cajas diversas cantidades que ascienden al respetable total de millon y medio de francos.

Lo que no dijimos entonces, es que una gran parte de este dinero habia pasado a manos del banquero Pic, que es como si dijéramos que habia caido en un abismo.

Estos dos hombres, Taillefer y Pic, acaban de comparecer ante el tribunal de Assises del Sena.

¡Cosa singular! Taillefer ha robado millon y medio de francos, y para disimular los desfalcos falsificaba los libros y todo esto lo hizo sin interés y sin provecho. Robaba por cuenta de otros, mientras él vivia en una posicion humilde: hoy daba un capital á uno para que emprendiera un negocio, como el de unas máquinas que debian barrer las calles de Paris; mañana subvencionaba á otro para llevar á cabo una especulacion, como la de las sillas ambulantes de la Exposicion universal; y por último, entre negocio y negocio, arrojaba el dinero que no le pertenecia á las órdenes de Pic, que giraba contra él a la vista y lo mismo que si tuviera á su disposicion caudales inmensos.

¿Puede darse nada mas extraordinario, se ha visto nunca un caso semejante?

Tan es así, que parece mentira que Taillefer no se haya aprovechado del dinero que prodigaba á manos llenas; pero a la verdad, cuando se profundizan los pormenores del asunto, se ve bien claramente que su papel es el de víctima.

Taillefer confiesa plenamente su delito.

Pic es un hombre, como hemos insinuado ya, de muy distinta especie.

Su vida entera protesta contra la inocencia que quiere atribuirse.

No es solo un especulador equivoco, como dijo uno de los testigos, sino un hombre que en materia de industria y de banca es capaz de todo.

Al salir de la Caja industrial, fundacion suya, debia ya á Taillefer 300,000 francos y otra suma igual por otra parte.

¿En qué ha gastado estas cantidades?

Después funda un periódico político y reúne hasta un millon: no creia que haya recibido el dinero de Taillefer; pero alega que creia al cajero un simple mediador entre él y los capitalistas que le habian confiado fondos ó valores.

Esta es su defensa, bien pobre á la verdad, ¿pues cómo no pidió á Taillefer la autorizacion de los capitalistas para disponer de su dinero, de la enorme suma de 700,000 francos?

Luego sus relaciones con el cajero tenian un carácter misterioso. Cuando queria verle le daba citas en la calle, no iba á visitarle á su oficina. Por último, las cartas que le dirigia no son las de un deudor á un acreedor, ni las de un amigo á un amigo, sino las de un culpable á otro culpable.

Mucho tuvo que hacer su defensor M. Nicolet para salir adelante en su propósito de demostrar la inocencia de Pic; muchísimo mas sin duda que M. Lachaud que abogaba por el desdichado cajero.

Oigamos primero á este.

M. Lachaud recuerda quién es Taillefer: un hombre de

setenta años, que ha llegado á esta edad dejando en su derredor los mejores recuerdos.

Laborioso y afable, era estimado de todos, y en su vida de familia era de una moralidad irreprochable.

Vivia económicamente: ganaba diez ó doce mil francos anuales y apenas gastaba la mitad.

Su defensor no disimula la culpabilidad de sus actos, pero quiere que conste la modestia y austeridad de sus costumbres en el hogar doméstico.

Cerca de cuarenta años hacia que era cajero de la Union, donde disfrutaba de una confianza absoluta.

Sobre este punto hace una observacion justisima. En estos últimos años se multiplican los desastres: los jefes de las casas de banca parece que están dormidos y no se despiertan hasta que llega la hora del siniestro. Seguramente hay falta de vigilancia, pues en otro caso no se repetirían tales espectáculos.

¿Para qué se hacen comprobaciones si no se comprueba nada? ¿Para qué los inventarios? Bajo una vigilancia efectiva, dice M. Lachaud, Taillefer no se habria visto arrastrado, no habria sucumbido.

Con efecto, este cajero laborioso y honrado ha sido infiel, no en su beneficio, como hemos dicho ya, sino en provecho ajeno. ¿Qué de empresas absurdas y extravagantes ha protegido con los fondos de la casa! Su complacencia, su deseo de servir á todo el mundo rayaban casi en el idiotismo.

Si se le hubiera visto entregarse al lujo y al desorden, si en él hubiesen hecho presa los atractivos de la sensualidad, todo se explicaria; pero nada de eso, su trabajo era continuo, y en medio de los millones que pasaban por sus manos, nunca dejaba de ser el humilde empleado que iba regularmente á la oficina á las diez de la mañana, para salir á las cinco de la tarde.

M. Lachaud, á la vuelta de todo esto, no olvida su crimen; pero le achaca al fatal extravio de la inconsistencia moral del hombre.

Luego habla de las relaciones de Taillefer con Pic, y muestra al primero perdido, arrastrado por el banquero y luego por el periodista.

Taillefer le entrega un millon. ¿Con qué objeto? ¿En provecho de quién? ¿Tenia una comision? No. ¿Era socio? No. ¿Tuvo cuando la fundacion del periódico una parte señalada en los beneficios? No. ¿Ha tenido alguna satisfaccion de vanidad? Ninguna, á no ser que se cuente la recepcion gratuita del periódico.

M. Lachaud insiste sobre la misteriosa contabilidad de Pic para sentar que él era el verdadero autor y el inspirador de los robos de caja; habla de la correspondencia que lo prueba, de las declaraciones de Taillefer que lo afirma, y concluye diciendo:

«No, Taillefer no ha mentido; no ha añadido la calumnia á faltas que deplora. Pic ha conocido el hecho y lo ha querido; ha padecido con Taillefer las mismas amarguras, las mismas angustias. Quizás estaba de buena fe, y le arastraba solo el espíritu de especulacion y de aventura; no quiero yo aumentar su desgracia. Pero lo que creo haber establecido, porque me animan la ambicion y el orgullo de decir aquí lo que pienso, es que Taillefer será para vosotros, señores jurados, el hombre culpable sí, mas extraviado, dominado, seducido. Taillefer ha cumplido setenta años; y ¿qué tiene delante de sí? La vejez, la miseria y la afrenta. Ha vivido en medio de los millones, y para si no ha guardado un óbolo. Su moralidad ha quedado pura. Largo tiempo hace ya que ha comenzado su castigo. Veinte años hace que sufre amargamente: sufría cuando grandes y chicos le alargaban la mano, sufría en lo mas recóndito de su corazon cuando oia hacer su elogio, cuando decian de él: «Es un modelo de cajeros;» oia la voz de su conciencia que le gritaba: «Eres un miserable.» Desde el año 1848 se halla en ese estado; juzgadle. Nada tengo que pedir, porque suceda lo que quiera, su porvenir se ha concluido...»

M. Nicolet, abogado de Pic, habló largamente y con su talento de costumbre. En su cuadro, el procesado aparece con los colores mas risueños. Pic es un excelente padre de familia y vive modestamente, no obstante la declaracion del testigo M. Delplat, antiguo amigo de la casa, que habiendose visto comprometido por 25,000 francos en los malos negocios de Pic, le califica de «hombre capaz de todo en materia de negocios industriales.»

En cambio, deshace implacablemente el retrato de Taillefer: dice que no es un hombre débil y servicial, sino un criminal consumado, un falsario muy hábil que ha mentido á sus jefes y que hasta en la audiencia ha negado sus acciones.

¿Cómo podia pensar Pic que durante veinte años un establecimiento como el de la Union tenia tan poca perspicacia?

Pasando revista á cada una de las inducciones contra su defendido, saca en conclusion que todo debia hacerle creer que Taillefer era el mandatario de capitalistas que le habian confiado el manejo de sus caudales.

A esto se reduce la argumentacion principal que, no tuvo eco en el jurado, pues respondió afirmativamente á todas las cuestiones, y solo á Taillefer acordó el beneficio de las circunstancias atenuantes. Con arreglo á este veredicto el tribunal condenó á Pic á doce años de trabajos forzados y á Taillefer á siete años de reclusion. Es una condena que está bien de acuerdo con lo que esperaba la opinion pública que tanto se ha preocupado con estos debates.

Ahora vamos á tener unos dias en que no se hablará mas que de concursos académicos. Entramos en el periodo de las vacaciones, y sabido es que á estas semanas de asueto suceden las fiestas de las distribuciones de premios. No trataremos aquí de semejantes fiestas, siempre las mismas y que interesan solo á las familias de los laureados; pero como estos se cuentan por centenares, el interés es bastante general en la masa de la poblacion parisiense.

Y á propósito de estas solemnidades, ¿no se podria quitarles la monotonía con alguna innovacion que se hallaria fácilmente?

Por ejemplo, en Orleans se ha improvisado en un colegio un teatro, en el cual se ha puesto en escena nada menos que una tragedia griega.

¿Qué cosa mas natural que una funcion de esta índole en las fiestas á que nos referimos?

Una correspondencia que tenemos á la vista da curiosos pormenores sobre esta representacion notabilísima.

El teatro era un inmenso patio abierto por todas partes á las frescas brisas de la noche. En el fondo se hallaba dispuesto el escenario; á la izquierda habia árboles corpulentos, y á corta distancia estaba el Loira, en cuyas apacibles aguas se reflejaban los rayos de la luna.

Representábase *Antígona* ante un auditorio de mas de mil personas, entre las cuales se distinguian individuos de la Academia francesa y del Instituto, ilustres profesores de la universidad, eruditos extranjeros que de intento habian hecho el viaje para esta solemnidad clásica, y por último, una compacta muchedumbre que se disponia á escuchar con recogimiento.

Era la quinta vez que en un periodo de veinte y cinco años se ponia en escena en este improvisado teatro una tragedia griega, y habia unos escudos que recordaban el titulo y la fecha de las fiestas anteriores: FILOCLETES, EDIPO EN COLONA, LOS PERSAS Y PROMETEO.

Esta vez el autor elegido era Sófocles.

Los alumnos, agrupados en semicírculo, presentaban una multitud de cabezas juveniles é inteligentes.

Al levantarse el telon, se vió un magnífico cuadro iluminado con la esplendorosa luz de Oriente.

Aquello era Tebas, y las galerias del palacio de Creon, todas adornadas de estatuas y de jarrones de flores.

En segundo término se distinguen los templos con sus frontones esculpidos y sus columnatas, y cierran el horizonte las verdosas montañas de la Beocia.

La tragedia tiene pasajes políticos que hicieron sonreír maliciosamente al auditorio.

Por supuesto, cada espectador tenia una traduccion literal de la obra, á cuyo beneficio no perdieron una palabra de cuanto declamaron los actores.

Dice la correspondencia de donde extractamos estas noticias, que la tragedia se ejecutó admirablemente; que *Antígona* logró arrancar lágrimas, Creon estuvo arrogante, Tiresias amenazador y profético, y el coro grave é imponente.

Parece ser que lo que gustó sobremanera, fué el modo superior con que el coro y la orquesta interpretaron la música adaptada por Mendelssohn á la obra maestra de Sófocles.

A las diez de la noche terminó esta funcion, que dejará seguramente en todos los que asistieron á ella un largo y agradable recuerdo.

Pasemos á otro asunto.

Hemos hablado ya en estas revistas de un proyecto colosal que consiste en echar un puente sobre el canal de la Mancha, que haga de Inglaterra una continuacion del continente europeo.

La única dificultad, dicen hoy los periódicos, que se opone á esta empresa, patrocinada por el gobierno imperial y apoyada por poderosos elementos en Inglaterra, es que el inmenso coste de la obra no está en relacion con los intereses que puede dar su realizacion. Mientras se hace frente á esta dificultad con los auxilios de los dos gobiernos, inglés y francés, va á plantearse como provisional una gran mejora en las numerosas comunicaciones entre Francia é Inglaterra.

En las costas de ambas naciones, y muy cerca de Boloña y Douvres, se crearán dos puertos donde puedan fondear buques de alto porte, y en contacto inmediato con las líneas de ferro-carriles que respectivamente conducen á Londres y Paris. Estos grandes buques, construidos expresamente con este objeto, como existen ya en los Estados Unidos, tendrán rails á bordo, por manera que los wagones podrán pasar de una orilla al buque, y del buque á la otra orilla del mar. En estos wagones hay pequeños gabinetes con sofás para hacer menos sensible el mareo, que disminuirá algo por el mejor movimiento de estos grandes vapores.

Marchando mas y evitándose todos los retrasos de omnibus, aduana en los puertos, trasbordos y demas molestias, el viaje de Paris á Londres, que es hoy por lo comun y el mas corto de once á doce horas, quedará reducido á ocho, y el mismo carruaje que le tome en la capital de Francia, dejará al viajero en la de Inglaterra.

Nada nuevo tenemos esta semana en punto á teatros; pero en cambio podemos decir que se están haciendo ya los preparativos para la gran fiesta del 15 de agosto. El programa oficial no se ha publicado todavía: sin embargo, no necesitamos verle para saber que la fiesta tendrá lugar como de costumbre. El *Moniteur* anuncia que los fuegos artificiales serán de un nuevo género, y señala su composicion de la manera siguiente:

Primer efecto: un ramillete de 100 bombas y 300 torbellinos como preludio del fuego; 16 ramilletes de 800 candelas romanas; 1,000 cohetes de grueso calibre; 300 cañones de baterías; 300 granadas y 300 bombas.

Segundo efecto: 12 cascadas giratorias que bajarán por la inmensa escalinata del trocadero; 6 sábanas de fuego de colores diferentes que se extenderán por las praderas laterales; 6 ramilletes de cohetes volantes, 200 llamas, 1,000 gruesos cohetes y 300 cañones de batería.

El tercer efecto se compondrá de 24 ramilletes, cada uno de ellos de 1,200 candelas, 1,000 gruesos cohetes, 400 cañones, y 2 ramilletes de 600 cohetes con paracaídas.

El fin de fiesta consistirá en tres ramilletes. Primero el grande, compuesto de 20,000 cohetes, y los otros dos, el uno de lluvia de plata, y el otro de lluvia de oro.

Por último, en los intermedios se soltarán por los aires 300 grandes cohetes y 280 bombas.

Ruggieri es el autor de este programa que tanto interesa á los parisienses.

MARIANO URRABIETA.

## Poesía.

### LA GOLONDRINA.

Bajo el alar vivía  
De una ventana,  
Canora golondrina,  
Y tal cantaba,  
Que sus canciones  
De alegría llenaban  
Los corazones!

¡Oh! ¡cuánto en esos tiempos  
Amada fuera!  
¡Doquier hallaban eco  
Las sus querellas!  
¡Así querida  
Pasaba su existencia  
Nunca afligida!

Pero llegó un estío  
Y triste y muda  
Se la miró del nido  
Botar sus plumas!  
¡Y, sin consuelo,  
Atravesó la altura  
Con raudo vuelo!

Cruzó montes lejanos,  
Y cordilleras,  
Playas, ríos y lagos  
Y vastas selvas,  
Y allá en los mares,  
Clamó con honda queja:  
«¡Adios, oh lares!»

¡Y pasaron los tiempos,  
Y no volvía  
A ver su nido yerto  
La golondrina,  
Y la olvidaron,  
En su tierra nativa  
Cuántos la amaron!

Mientras el ave errante  
Triste lloraba  
En lejanas ciudades  
¡Ay! por su patria  
Su pobre nido,  
¡Envuelto en viles zarzas,  
Quedó en olvido!

¡Al fin tras largos años  
Volvió á su tierra,  
Y todo demudado  
Halló doquiera!  
¡Pobre cantora!  
¡La fría indiferencia  
Hallaba ahora!

Y así cantaba al viento  
Con amargura:  
«¡Solo está en nuestro suelo  
Nuestra fortuna!  
¡Quien sea querido,  
Su patria deje nunca  
Que hallará olvido!...

J. T. TEJADA,

## Ferro-carriles económicos

DEL SISTEMA FELL.

La primera década de la segunda mitad de nuestro siglo, que comprende uno de los períodos más culminantes en la historia, dejará una huella imperecedera de la actividad del hombre, de los progresos de las ciencias, y sobre todo, de la influencia real y verdadera de los descubrimientos científicos en la marcha de la civilización. Cuatro acontecimientos son los timbres de su gloria: el primero, rayando en lo sublime y hasta en lo misterioso, síntesis de las conquistas del entendimiento humano sobre las fuerzas de la naturaleza; y por lo atrevidos y por su grandiosidad compitiendo los restantes con los imponentes legados del trabajo de cien generaciones. El cable trasatlántico, el ferro-carril del Pacífico, el canal de Suez y la perforación del Monte Cenís, bastante cada uno de ellos para caracterizar un siglo, se han realizado á la vez con inquebrantable constancia, á pesar de los obstáculos materiales y de las intrigas diplomáticas, causa á veces de no menos insuperables dificultades.

Más la grandiosidad de la empresa, en el Istmo y en los Alpes, hacían imposible su realización hasta un cierto número de años, á pesar de llamar á ella todos los brazos é inteligencias disponibles, los adelantos de la ciencia, y capitales sin cuento: y el hombre, por su parte, no estaba dispuesto en su impaciencia á aguardar tanto tiempo. Por esto le vemos valerse del ferro-carril del Cairo y del canal de agua dulce para facilitar por el istmo el camino de las Indias; y en Europa, mientras se realiza á favor de los más ingeniosos sistemas, y merced á la subvención de los gobiernos interesados, la perforación del Monte Cenís, empresarios atrevidos se han propuesto establecer á su cuenta y riesgo, un ferro-carril que, siguiendo el declive y las sinuosidades del terreno, reuna la estación de San Miguel en la vertiente Norte de los Alpes, con la estación de Susa en la vertiente meridional.

El hecho no es nuevo en la historia de los ferro-carriles, pues hace cosa de treinta años M. Moncure Robinson construyó uno en condiciones parecidas desde Pottsville á Sunbury, en Pensilvania. El del Monte Cenís es el primero en Europa, y atendida su importancia para las naciones que no tienen concluida su red de ferro-carriles, y que como España, no han dotado todavía de ellos las cuencas carboníferas, debemos aplaudir la disposición del gobierno mandando una comisión de ingenieros que diera un dictamen sobre las experiencias que iban á tener lugar.

Los señores Barron y Arámburu, que tuvieron la honra de ser escogidos para dicho estudio, han llenado cumplidamente su cometido, á pesar de luchar con la falta de novedad, por haber dado á luz su Memoria la comisión anterior, compuesta de los señores Arnao, Vildósola y Rodríguez, que asistieron á los primeros ensayos. Ya sabemos pues que el sistema Fell consiste en el empleo de un tercer carril de doble T, puesto de plano en el eje de la vía, contra el cual giran cuatro ruedas horizontales, de que está provista la máquina, y cuya presión sobre el citado carril puede aumentarse. La invención no estriba, empero, en la colocación del carril central, pues se han ocupado de él Vignoles, Ericson, Pinkus, Seguíer y A. V. Neuton, y posteriormente M. Larmanjat, que ha hecho exclusivamente de él la base de sus ferro-carriles económicos para unir las poblaciones de segundo ó tercer orden con las grandes vías. Pero á pesar de los privilegios concedidos, no se ve aplicada prácticamente esta idea en Europa, hasta que M. Fell obtiene en 1863 los privilegios sobre *mejoras de las máquinas locomotoras y de los carruajes de los ferro-carriles*, construyendo inmediatamente la primera máquina, que fué ensayada en el camino de Cromfort á High-Peach, á las inmediaciones de la estación de Whaley Bidge en enero de 1864.

El resultado satisfactorio que dieron las experiencias en la citada vía, movieron á la sociedad Brassey, Fell y compañía á pedir de nuevo la autorización para ensayarlo en el Monte Cenís, escogiendo entre Lanslebourg y la frontera los zigzags de mayor inclinación y las curvas de menor radio con una pendiente de 0,08.

No seguiremos á los autores de la Memoria en la parte descriptiva de las primeras máquinas y en la exposición de las dificultades que se presentaron en los primeros ensayos para satisfacer las condiciones que impuso la Comisión examinadora á los constructores, quienes dieron sin embargo soluciones económicas á las cuestiones secundarias como son cambios de vía, pasos á nivel y cubierta de la vía para librarla de las nieves.

La máquina que emplearon es semejante en sus disposiciones generales á las que se usan en la actualidad; consta de dos cilindros interiores, colocados bajo la caja de humos, que movían á la vez las ruedas verticales y cuatro ruedas horizontales, que obraban contra el carril central. La adherencia contra el citado carril se obtenía, para cada una de ellas, por medio de dos resortes en espiral, cuya tensión podía arreglar á voluntad el maquinista, haciendo uso de aparatos convenientemente dispuestos, limitando empero el esfuerzo á veinte y cuatro toneladas por medio de un tope. Además de poder frenarse de una manera independiente las ruedas verticales y las horizontales por medio de zapatillas de madera ordinariamente usadas, había un tercer freno, consistente en dos calzos de madera que

el maquinista aplicaba cuando lo creía conveniente contra el carril central. Sobre este se aplicaba además, por medio de un chorro de vapor, una cantidad de arena en la superficie de contacto con las ruedas horizontales. La caldera era de palastro de acero, y de acero fundido la mayor parte de las piezas del mecanismo. La alimentación se verificaba por medio de una bomba y un inyector Giffard. La superficie de caldeo era de 55 metros cuadrados 986, y pesaba vacía 13 toneladas 249, y 17 toneladas cargada.

Los vagones de mercancías, así como los vagones de viajeros, van provistos cada uno de un freno ordinario que obra solamente sobre dos ruedas, y de cuatro ruedas decillares que abrazan el carril central, las cuales, convirtiendo de esta manera en rozamiento de rodadura el de resbalamiento, que antes se producía entre los rebordes de las ruedas y el carril exterior de las curvas, facilita indudablemente el paso por las de corto radio.

En la Memoria encontramos descritas con toda la extensión posible las experiencias verificadas en los días 3 de marzo, 13 de mayo y 19 de julio de 1863, deduciendo consecuencias y haciendo observaciones sobre cada una de ellas, tales como las siguientes que extractamos por considerarlas de verdadera importancia.

1º Que el sistema de M. Fell no presentaba ningún peligro para la seguridad en las fuertes pendientes y en las curvas de pequeño radio, puesto que por el contrario, la existencia del carril central suministraba una garantía contra los descarrilamientos y un poderoso medio de parada.

2º Que no hay incompatibilidad absoluta entre el ferro-carril y la carretera, á causa de su proximidad, siempre que en esta se hicieran las obras necesarias de precaución, sobre todo en los terraplenes que impedirían que los carruajes pudiesen abandonar el camino.

3º La máquina Fell número 2 puede con facilidad desarrollar normalmente una fuerza de 150 caballos, remolcando muy bien un tren de viajeros de 16 toneladas á la velocidad de 12 kilómetros, y uno de mercancías de 24 toneladas á la velocidad de 6 kilómetros.

4º El máximo consumo de combustible tiene lugar en los trenes de mercancías y alcanza á 40 kilogramos por kilómetro. A este consumo corresponde el de 320 litros útiles de agua, ó 360 inclusas las pérdidas del tender.

A estas conclusiones debemos hacer, sin embargo, una observación. Cuando se trató de ensayar en Francia las locomotoras sobre carreteras, promovióse entre ingenieros y agricultores una polémica sobre la facilidad de desbocarse las caballerías, siendo muy notables las siguientes líneas de M. de Ceris en el *Journal d'agriculture pratique*:

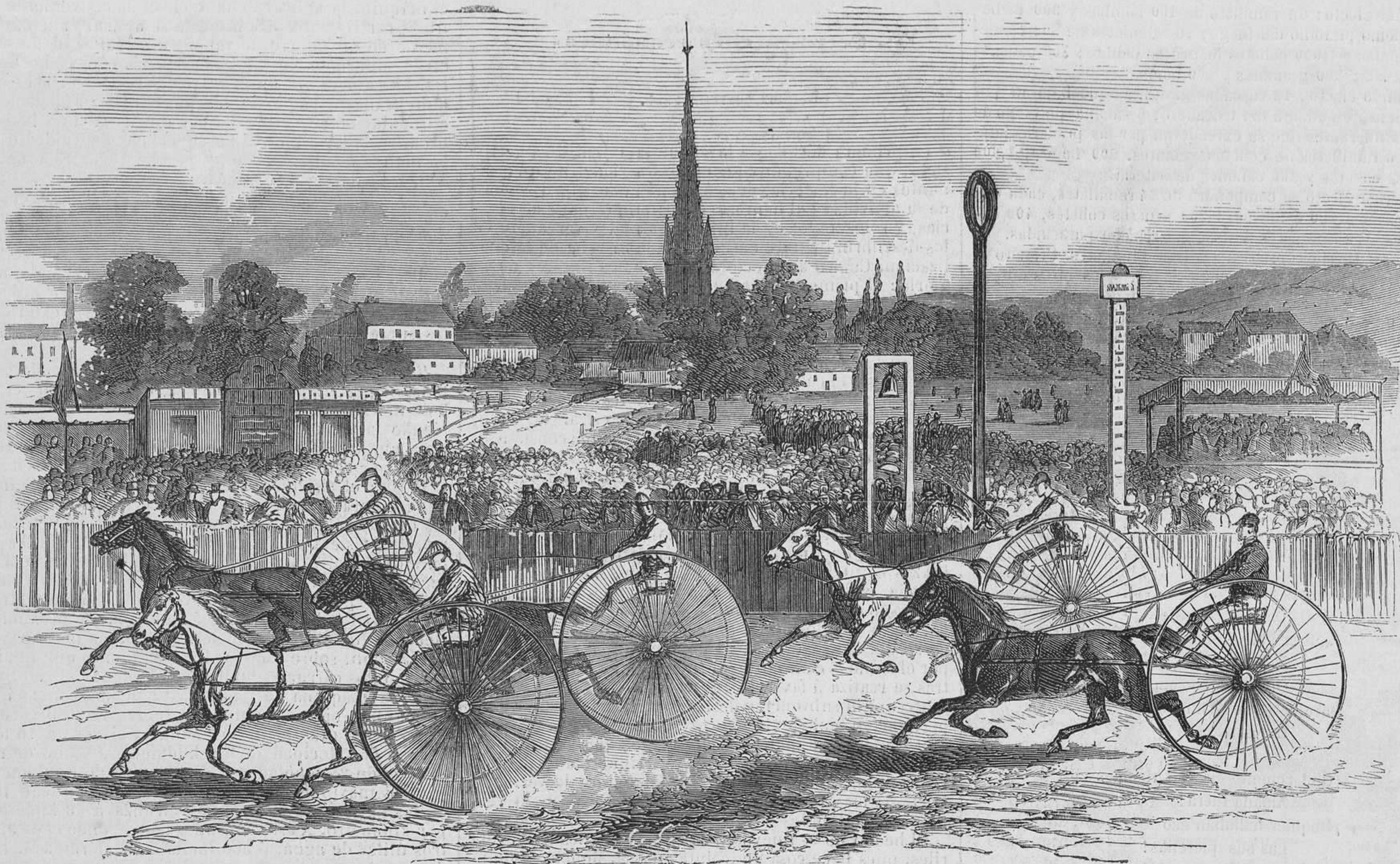
«En el departamento de la Côte-d'Or, al llegar la máquina, todos los conductores se veían obligados á lanzarse sobre sus caballos para contenerlos, y por dos veces el tiro de una diligencia se desbocó ocasionando graves accidentes.»

Los señores Barron y Arámburu dan luego la descripción de un vagón de viajeros, con detalles y dibujos de la vía, sillares y largueros para el sostenimiento del carril central, pasos de nivel, cambios y bóvedas de defensa de las nieves. Es una vía ordinaria de 4<sup>m</sup>, 10 de ancho, compuesta de carriles del sistema Vignoles, del peso de 30 kilogramos por metro lineal, sentados sobre traviesas de madera de 2<sup>m</sup>, 10 de longitud, y en cuyo eje, en los sitios que lo requieren las curvas y las inclinaciones del camino, se halla colocado un larguero también de madera de 0<sup>m</sup>, 125 de altura que sostiene el rail central.

No permitiéndonos los límites de este artículo seguir á los distinguidos autores de la Memoria en los diferentes viajes que practicaron en todos los trenes de ensayo, de reconocimiento, y para la instrucción del personal, nos limitaremos á la parte más interesante, ó sea la comparación del coste de la vía con la construcción del túnel del Monte Cenís: tal es la cifra de 515,000 francos por kilómetro en la línea definitiva, y 2,000,000 de francos por id. en el túnel del Monte Cenís. Aunque la primera cifra es muy elevada en comparación con el coste de los ferro-carriles de trazado más difícil construidos en Europa, debemos manifestar que va incluido en ella el exceso de gastos de explotación que resultan de una diferencia de nivel de 840 metros, y de la situación especial del camino en medio de las nieves. Conformándonos pues con el parecer de los autores de la Memoria, diremos también que el sistema Fell puede considerarse bueno en absoluto y dotado de condiciones de seguridad: mas que aplicarlo con acierto, el ingeniero debe estudiar la cuestión concreta bajo los aspectos facultativo y económico antes de decidirse á su planteamiento.

Completan la Memoria la descripción de las líneas de Tarbes á Montrejean (Tolosa á Bayona), la de Sissach á Olten (camino central suizo) y de Lode á Neuchâtel (Jura industrial), con los planos y perfiles y los datos más interesantes sobre su construcción y explotación, llamando la atención de los lectores sobre la descripción de las estaciones económicas y apeaderos para facilitar el movimiento en las poblaciones rurales, en la primera de las citadas líneas, y que debían tener presente en gran manera los directores de nuestras principales vías. El apéndice, que comprende los estados de alineaciones y los cuadros de treinta viajes de San Miguel á Susa, dan al trabajo de los señores Barron y Arámburu todo el carácter de utilidad de que era susceptible.

D. C.



EL HAVRE. — La carrera al trote.

### Las carreras del Havre.

Las carreras del Havre han sido brillantísimas este año. Polvo y sol, coches de lujo y apuestas, vistosos trajes y hermosas mujeres: parecía aquello el hipódromo del bosque de Boulogne.

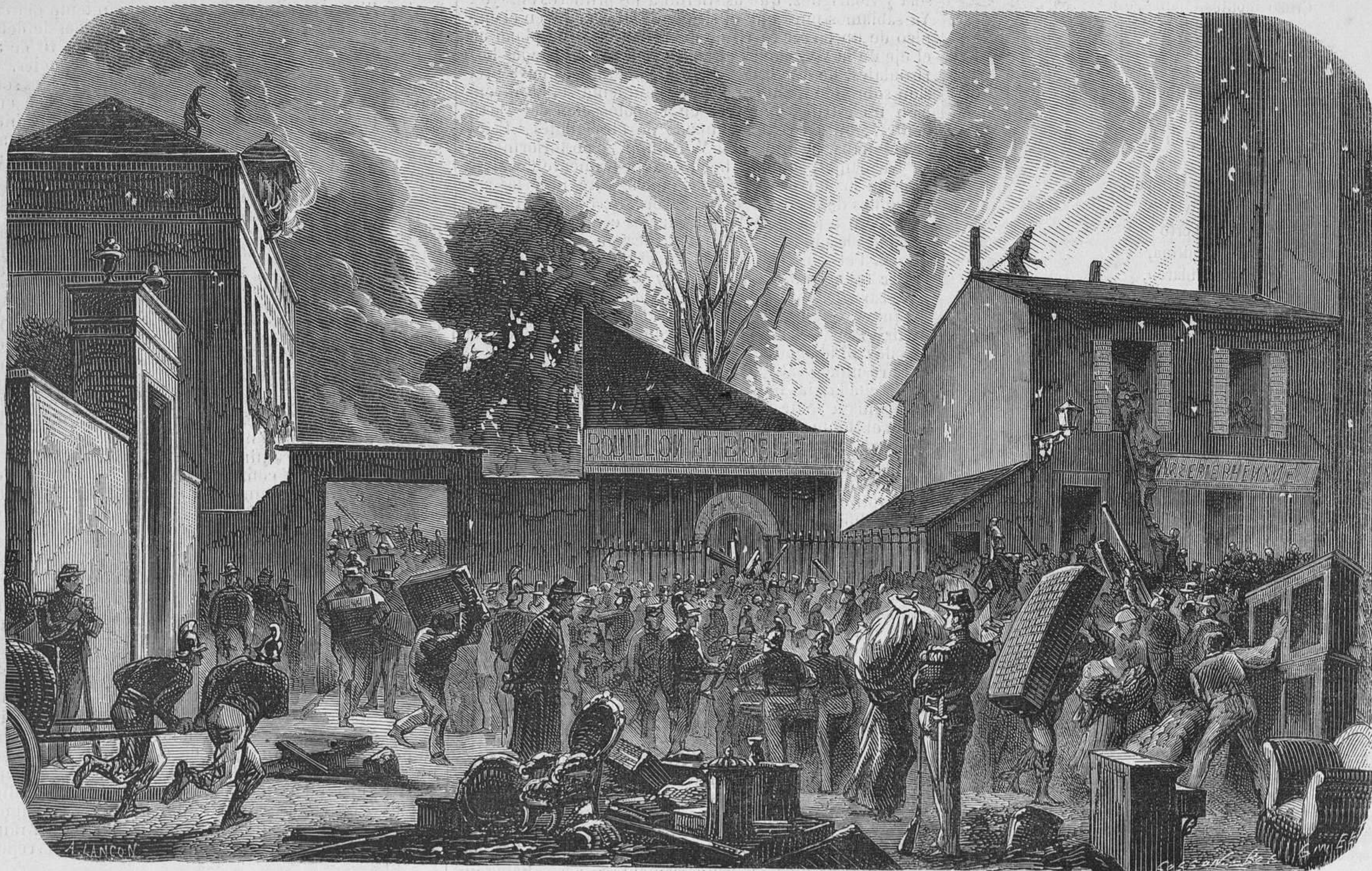
Dos días han durado estas carreras, y nuestro dibujo representa la carrera al trote que tuvo lugar el primer día, y que fué ganada por *Hersilie*, del marqués de Croix.

Los grandes premios de la ciudad del Havre fueron ganados por *Cordiality*, de M. Thompson, y el segundo

día por *Chantilly*, perteneciente al baron de Herissen.

Ahora pues, las carreras del Havre quedan anotadas en primer término entre las de los departamentos franceses.

G. C.

PARIS. — Incendio del depósito de las *Petites-Voitures*, en la noche del 23 de julio.



**Incendio**

de la

CALLE ESTANISLAO EN PARIS.

El viernes 23 de julio á las doce y media de la noche los habitantes del pacífico barrio del Luxemburgo se despertaron á los gritos del ¡fuego! Al mismo tiempo una inmensa columna de humo rojizo, de la que salían millares de chispas, alumbraba con su siniestro fulgor una gran parte de este barrio. Acababa de estallar un incendio en uno de los dos talleres de fundicion y de construccion de las *Petites-Voitures*, situados en la calle Estanislae. Mientras se aguardaba la llegada de los bomberos, los vecinos que acudieron allí en gran número organizaronse en filas para pasar de mano en mano cubos de agua, pero como no era dable proporcionárselos en cantidad suficiente, el incendio, alimentado por gran cantidad de madera y de resinas, ganaba terreno de continuo. Entonces llegaron varias partidas de municipales y de infanteria de línea, y tras ellos gran número de bombas, con cuyo auxilio se pudo dominar el incendio, pero por desgracia sobrevino luego un viento Norte bastante recio que avivó las llamas, difundiendo tal terror entre los habitantes de las casas inmediatas, que se apresuraron á sacar de sus habitaciones los muebles y objetos de mas valor. Algunos arrojaron por las ventanas las camas, la ropa, etc.

Otros establecimientos contiguos al depósito de las *Petites-Voitures* han sufrido pérdidas; pero todo esto estaba asegurado; en tanto que los pobres que han perdido casi todos sus muebles han venido á quedarse en la situacion mas triste.

P. P.

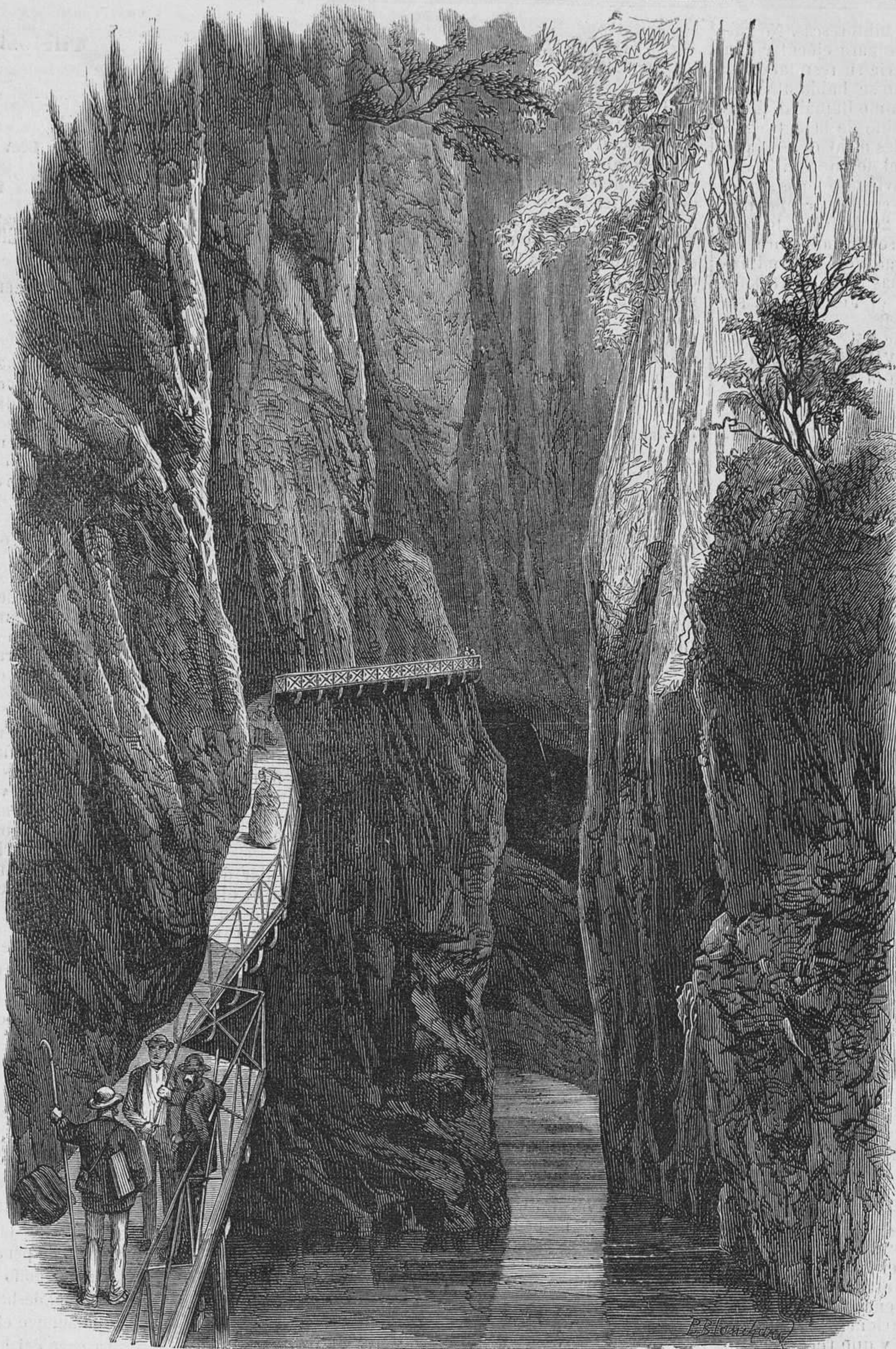
**Inauguracion**

DE LAS GALERÍAS DE LAS GAR-

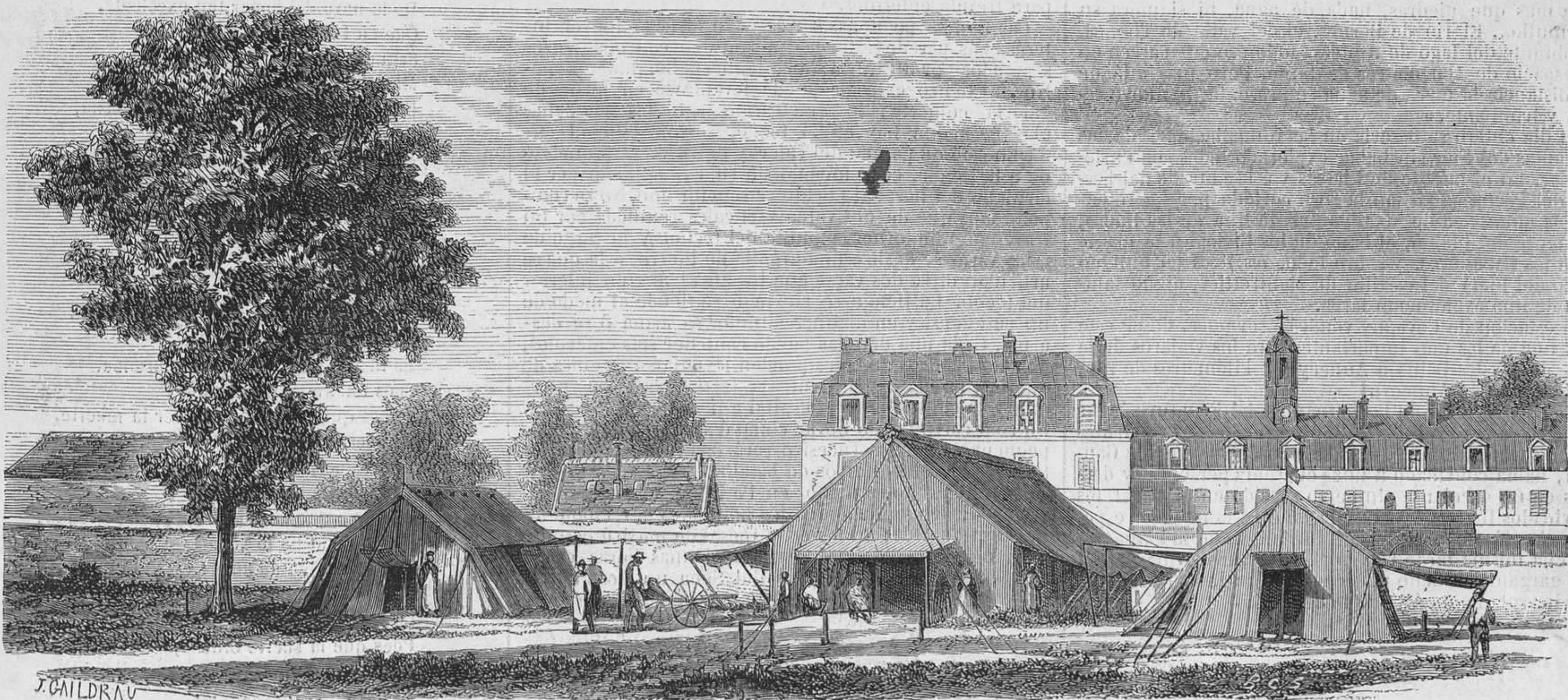
GANTAS DEL FIER.

La Saboya es una comarca privilegiada: posee la montaña mas alta y los mas hermosos ventisqueros de Europa; sus paisajes no tienen rival en Francia, y ha sido immortalizada por Saussure, J. J. Rousseau y Lamartine. Sin embargo, si es tan conocida como la Suiza, tiene muchos menos visitantes. Es verdad que hasta estos últimos años no habia hecho gran cosa para atraer á los viajeros; pero por fin el impulso está dado, contemos con que no se detendrá, y mientras llegan las prometidas mejoras, señalaremos los esfuerzos intentados para facilitar las excursiones alpestres en toda la Saboya. Las antiguas posadas se purifican, se construyen nuevos hoteles, se abren caminos, y todo se pone en planta para que el forastero pueda admirar maravillas que hasta el dia no habia contemplado nadie.

El *Fier* tiene su fuente en el monte Charvin á 2,020 metros de elevacion sobre el nivel del mar, pasa por Manigod, por Thones, por Saint-Clair, y recibe las aguas del lado de Annecy por el canal de Thioux. Despues de haber regado Crap y contorneado la colina de Brossilly, se extiende perezosamente por un hermoso prado llamado *Prado del Señor*, entre el bonito *Bosque del Poeta* sobre su orilla izquierda, y la graciosa colina que corona en la derecha el pintoresco castillo feudal de Montrottier. Sus hermosas aguas de un azul verdoso corren con lentitud por un cauce ancho y poco profundo hasta una pared de rocas calcáreas de 90 metros de alta que parece atajar el paso. En esta pared ha concluido por abrirse un canal de 250 metros de largo y de una anchura que varia entre 4 y 10 metros,



SABOYA. — Una vista de la galeria de las gargantas del Fier.



J. GAILDRAY

PARIS. — Tienda-hospital experimentada en el hospicio Cochin.

tomando las formas mas variadas y pintorescas. No calculemos el tiempo que ha necesitado para ejecutar una obra semejante, pues nos sorprenderia su resultado.

Antes de 1869 ningun ser humano se habia atrevido á penetrar en los abismos del Fier, como llamaban á esa desconocida garganta. No se veian sino de la entrada á la salida, y desde Pont-Verre, que les atraviesa casi por en medio. No hablo del puente del ferro-carril, pues por mas que se mira cuando se atraviesa, apenas se distingue otra cosa que el agua que rueda por el fondo del golfo. Ahora, es decir, desde el 20 de julio, todo el mundo se pasea por ahí con toda seguridad sobre un puente lateral establecido á lo largo de la pared izquierda, á 27 metros sobre las aguas bajas, pero apenas á 1 metro sobre las altas, pues el Fier sube hasta 26 metros en seis horas.

Gracias á la iniciativa tomada por MM. d'Anières de Gantelet, Blanchet, Grandchamp y Vallin, se formó en 1868 una sociedad por acciones para la construccion de esa curiosa galería. Las obras comenzadas el 14 de enero de 1869 se han terminado el 15 de julio, y han costado 25,000 francos, sin que haya habido que deplorar ningun accidente, y eso que los obreros bajaban con marmomas al interior de la garganta, para hacer los barrenos destinados á las 53 consolas de hierro que sostienen el tablero.

La galería de las gargantas del Fier se abre en el bosque del Poeta, cerca de un pequeño restaurant, á unos 400 metros de la estacion de Lovagny, sobre el ramal de Aix les-Bains á Annecy, y tiene de larga 256 metros. De una solidez á toda prueba, está guarnecida con una barandilla de hierro de un metro de altura por el lado del abismo, y á veces por el de la roca, cuando las irregularidades de la pared han hecho esta precaucion necesaria. A su entrada en la garganta es 10 metros mas alta que el Pont-Verre, y á la subida ofrece una cuesta suave.

Hasta la conclusion de esta galería, las descripciones de los abismos del Fier eran obra de la imaginacion de los escritores, pues nadie los habia visto: que no se espanten pues los viajeros con los horrores de tales descripciones! Las gargantas del Fier no darán miedo á nadie, y todos quedarán muy satisfechos. No se sale de ellas sin el deseo de volver á visitarlas. Si durante ese paseo un tanto fantástico, entre esas dos paredes, limadas, pulimentadas y redondeadas por las aguas, se mira hacia abajo, se distingue, en el fondo del abismo, un agua muy hermosa verde como la esmeralda donde saltan las ágiles truchas, y que ora se estrella en espuma sobre la roca, ora parece inmóvil en grandes cubas calcáreas « que convidan al baño, » como ha dicho Schiller. Si por el contrario, el visitante levanta la cabeza, descubre, al través de las plantas que bajan todo lo posible buscando la frescura y los ramajes de los árboles curiosos que se inclinan hácia el golfo, una estrecha banda de luz tanto mas brillante cuanto mas sombrío es el abismo. Es un encanto perpétuo. A cada hora del día cambia el espectáculo segun los efectos de luz que produce el sol. En ciertos puntos se acercan tanto las paredes, que se tocan sin extender los brazos, y en ese trayecto subterráneo se disfruta de una agradable temperatura ni muy caliente ni muy fresca, diez grados menos que la exterior.

A la salida de la galería aparece un cuadro no menos interesante: ya no se domina el Fier sino de pocos metros. « Las aguas calmadas, cansadas de la lucha, dice M. A. Despine, ruedan con menos estrépito. Sigamos bajando y veremos esas agrupaciones de rocas, esos peñascos equilibrados por el acaso y que recuerdan los dolmen, unos como las piedras suspendidas, otros parecidos á los antiguos monumentos de Menfis. No nos extrañe pues que la voz popular los designe todavía con el nombre de Piedras de las hadas. Un rio petrificado, nada mas que piedras, nada de agua, ni siquiera su murmullo... El rio de Bornes, el del valle de Thones, el sobrante del lago de Annecy, todo eso desaparece en un espacio de 400 metros de largo. Pero mas allá de esa distancia la masa de agua se presenta de nuevo serena y triunfante. »

Un día entero se pasaria en las inmediaciones de las gargantas del Fier sin haber explorado todas sus curiosidades. En el puente de Liasses y á la entrada del bosque del Poeta, se visitan la roca cortada por los romanos, la chimenea de los Gigantes, la tina de las Hadas, el puente del Diablo, el baño de los Cíclopes, la ermita de los Caballeros, y sobre todo, los fosos (el antiguo cauce del Fier) del castillo de Montrottier, digno tambien de una exploracion larga.

La estacion de Lovagny vendrá á ser pues, desde este año, una de las mas importantes para los viajeros de la línea de Aix-les-Bains á Annecy (33 kilómetros de Aix, 7 kilómetros de Annecy).

La inauguracion de las gargantas del Fier tuvo lugar el miércoles 21 de julio de 1869. Uno de los principales accionistas fundadores, el caballero de Anières de Gantelet, habia convidado á unas cuarenta personas, y despues de un excelente almuerzo servido en el chalet, los convidados fueron á visitar la galería donde nos esperaba el café, en la parte mas pintoresca de la garganta. Aquella misma tarde volviamos á Aix, maravillados con esta garganta, mucho mas curiosa que la del Trient, é inferior solamente á la de la Tamina.

A. J.

### Tienda-Hospital.

El hospital mejor dispuesto y cuidado es siempre un sitio desfavorable para la curacion de los heridos y los operados. Gracias á las observaciones hechas en estos últimos años, son conocidos hoy los peligros de los grandes hospitales y la menor gravedad de las operaciones practicadas en los pequeños establecimientos existentes por fuera de las poblaciones.

La guerra de Crimea, y despues la de América, han demostrado que los heridos que estaban bajo una tienda ó en barracas de tablas, sanaban mucho mejor en medio de una atmósfera renovada continuamente, que en el aire mas ó menos viciado de una sala de hospital. Con el fin de facilitar las curaciones, la cirugía civil hizo despues lo que ya por necesidad habia hecho la cirugía militar. La Alemania entró en esta via en 1864, y los hospitales de Berlin, Leipsick, Francfort, Dresde, etc., poseen en la actualidad barracas ó tiendas destinadas á los heridos durante el verano: Paris no podia menos de seguir el ejemplo.

Con efecto, el año último M. Leon Le Fort, cirujano del hospital Cochin, pidió á la administracion de los hospitales que se planteara en Paris el sistema extranjero, y este año M. Husson, director general de la Asistencia pública, habiéndose cerciorado ya de los buenos resultados obtenidos en Alemania, encargó á M. Le Fort que mandara elevar en el hospital Cochin una tienda bajo la cual se pondrian camas para los heridos y operados de su servicio. Nuestro dibujo representa esta tienda-hospital.

La tienda se compone de una doble pared de lienzo, cuyo exterior impermeable al agua, es permeable al aire, sobre una ligera armazon por seis arcos sujetos con fuertes clavijas, que se arman y desarmar fácilmente. El lienzo exterior puede levantarse horizontalmente y constituye, como se ve en nuestro dibujo, una galería cubierta; la pared vertical interior está formada con cortinas que se corren y descorren, de modo que de día, cuando hace buen tiempo, los enfermos están al aire bajo un techo que les resguarda del sol y del calor.

Efectivamente, gracias á la disposicion particular de los lienzos y al intervalo que los separa, durante el día hay mucha frescura en la tienda, en tanto que de noche, cuando se baja el lienzo exterior, la capa de aire interpuesta entre las dos paredes pone completamente á los enfermos al abrigo del frio. La tienda grande contiene diez y ocho camas con bastante espacio entre sí; una de las pequeñas que tiene al lado, sirve de sala de operacion y de cuarto de guarda para el interno de servicio, y la otra, dividida en dos por un lienzo, es para la religiosa y los enfermeros.

La experiencia hecha en el hospital Cochin ofrece un gran interés bajo el punto de vista de los hospitales de sangre militares. Los medios de trasporte de heridos á las ciudades ó á hospitales que á veces están lejos, son ya insuficientes, y lo serán mucho mas aun por causa de los espantosos destrozos del nuevo armamento. Luego este mismo trasporte y la aglomeracion constante en los hospitales improvisados, aumentan en grandes proporciones el peligro de los heridos. Ahora es preciso, decia M. Le Fort en un trabajo que tenemos á la vista, que el hospital vaya al herido y no el herido al hospital. Gracias al espíritu de iniciativa que anima al director general de la Asistencia pública, el cirujano del hospital Cochin ha podido resolver prácticamente este problema.

La tienda grande puede considerarse como una muestra de hospital de tercer orden. Transportable en un furgon, puede armarse en dos horas y tiene capacidad para treinta enfermos.

Las tiendas pequeñas son las que ofrecen mayor interés. Las paredes, formadas tambien con dos lienzos separados por un intervalo bastante ancho, miden 5 metros. El lienzo exterior puede levantarse en forma de galería cubierta, lo que junto con las pequeñas aberturas que hay en el techo, permite que el enfermo esté amparado del calor y del frio. El esqueleto de esta tienda, cuyo modelo ha sido imaginado por el cirujano del hospital Cochin es sencillísimo. No se compone mas que de dos varas verticales reunidas por un travesaño que forma la punta del techo. A lo largo de estas varas se desliza una argolla de hierro, á la que se articulan otras dos varas que llegan al ángulo inferior del techo. La tienda se cierra ó se tiende al modo de un paraguas, y en algunos minutos se arma ó se desarma. Cada una de ellas puede contener seis enfermos, y como las extremidades pueden levantarse á guisa de puertas, en algunos instantes se forman salas de enfermos y se constituye un hospital allí donde se necesita. Un solo carro puede llevar cinco ó seis de estas tiendas pequeñas, y en lo sucesivo será facilísimo improvisar hospitales en los campos de batalla.

La utilidad no es menor en Paris en caso de epidemia, ó de aglomeracion en los hospitales por cualquiera causa que sea; en los ocho meses de mayo á octubre nada mas sencillo que crear en algunas horas en el Campo de Marte ó á orillas del Sena un hospital de estos, para lo cual basta tener almacenadas tiendas de reserva.

N. T.

### Curiosidad literaria.

Cinco novelas

ESCRITAS CADA UNA DE POR SI SIN LETRA VOCAL,

P. D. S. D. R.

#### LA PERLA DE PORTUGAL,

NOVELA TERCERA ESCRITA SIN LA LETRA I

(Continuacion.)

Notándolo doña Leonor todo, no dejaba de parecerle que todo esto resultaba, ó de hacer él de ella poca cuenta, ó de tenerse en mas por su nobleza, ó gran renta, ó de no ver en su padre ó deudos cruces de Calatrava; sospechaba otras veces, que otro amor era del despejo la causa, porque reparó en que su despensero desde otra pequeña ventana, presentaba muestras de acechar otra dama; pero que el mismo don Carlos, cuando se hallaba solo, gustaba sumamente de hablar con él; con ser un hombre, que en lo generoso del talle, en lo feo del rostro, en lo proterbo del semblante, no solo daba señas de ser de malas mañas, pero que en lo tosco del desgarro, en lo enfadoso del hablar de manos á lo socarron ó á lo bravo, mostraba ser en su modo de proceder gran embaucador, gran embustero. Molestábanla estos celos, cansábanla estos excesos, en nada hallaba gusto, todo comunmente le daba pena; tal vez despeñada en arrebatada cólera, anhelaba por la venganza; tal vez mas sosegada, aunque rodeada de temores como empeñada en amor, por dárselo á entender, apelaba algunas noches, en lo mas profundo de ellas, á las sonoras voces de un arpa, porque acompañada de las amorosas del alma en dulce canto, llegasen los suaves ecos á despertar al gallardo, como desamorable don Carlos; pero aunque ellos no le despertasen, conforme se presume del poco efecto de ellas: supose que el despensero, como mas amante de la acechada dama, las noches las escuchaba; pues del poco despues se hubo el traslado de estos sonoros versos, que eran los que mas veces ella cantaba:

A todo el mundo asombre

El amor mas contumaz del mundo,  
La deslealtad de un hombre,  
Que el mas perfecto amor, el mas fecundo,  
Que en mujer pudo verse,  
Paga por no la ver con esconderse,  
Cuando por verle espero  
Adrede en la ventana, aunque él me vea.  
Al punto desespero,  
Pues adrede se aparta, ó se recrea  
En dejarme burlada,  
Muero de pena en verme desdeñada,  
Pero en golfo tan grande,  
Solo del deshonor temo la nota,  
Que aunque el amor lo mande,  
La nave del honor no se derrota;  
Mas en tan grande tormenta,  
Que poco la esperanza me sustenta.  
Es la esperanza lastre,  
De la nave del honor tan excelente,  
Que en tormenta, ó desastre,  
Segura con él pasa la mas gente;  
Mas poco me aprovecha  
En llevarle en tormenta tan deshecha,  
De ser fea me holgara  
Pues gozara por fea mas ventura;  
Que porque él me adorara,  
Por la fealdad trocara la hermosura,  
Trocara, pues le abona  
El nombre de Leonor por de Leona:  
El de perla, que vale,  
Cuando de las que lloro la gran suma,  
Porque no se señale,  
Es fuerza le deshaga ó le consuma,  
Pues tendrá de esta suerte  
Menos que hacer, ó deshacer la muerte.  
De suerte me maltrata  
El desamor, la deslealtad profunda,  
Con que tanto amor trata  
Que creo que en no verle honor se funda;  
Mas cuando no le veo,  
Crece el fuego de amor, crece el deseo.  
A todos causé pena  
Las muchas que padezco deseando,  
Pues que la suerte ordena,  
Que de esta suerte pene mas callando,  
Para que en penas tales,  
Me acerque de la muerte á los umbrales.

No le aprovechando esta traza, apelaba otras veces á la blancura de un papel, mezcladas con perlas algunas razones con la pluma; mas apenas formaba algunas, cuando al punto frustrada su esperanza, ponderándolas con presurosos rasgos, ó menudos pedazos las recataba domando su gusto, por conservar su honesta fama, confesando como prudente, que las roturas de ella en las mujeres nobles, tarde ó nunca se sueldan; pero don excelente; pero breve es de la naturaleza la hermosura, lazo oculto, poderoso sueño, ángel es mas que humano doña Leonor. Blasona ahora don Carlos antes de verla, mas guárdese no se acerque, que como es fragua de suprema belleza, podrá abrasarse en las llamas: guárdese no se truequen las bolas; que la mujer mas noble que sumamente ama, á su amante aborrece.

De dos caballeros con mas empeño que de otros, se hallaba en esta sazón doña Leonor requestada; el uno era don Pedro de Lara, al cual como á cercano deudo algunas veces hablaba, mostrándole mas favor; al otro llamaba don Sancho de Orozco, mas por mal nombre el de Buen alma, por ser poco astuto ó precedente. (Tal está el mundo, que hasta el nombre de bueno en él es rebozo ó sospechoso.) Entrambos le eran á doña Leonor enfadosos: don Pedro era galan, cortés, generoso, mas celoso en tal grado; que una vez que por deudo fué á verla estando enferma, al sangrarla, tomando un muchacho la vela, llegó á tajarla con la toalla el brazo, dando apenas lugar á que el barbero tocara la vena con la mano: por esta causa aunque prudente callaba no le agradaba para esposo. Don Sancho menos, por ser lerdo, ó algo tonto, aunque tan puntual como esforzado, porque en llegando al pundonor, pocos se hallarán tan valerosos; pero en su persona era algo tosco, mas ganó por las muchas galas, que por el deseo (que lo que de talento falta, no lo suplen las ropas de oro ó seda; pónganselas á la mona, que aunque con muchas la adornan, por costosas que sean, mona se queda.)

Doña Leonor, aunque á los dos se mostraba neutral, propuso favorecer con todas veras á don Pedro, solo por vengarse á puros celos de don Carlos (que como la venganza blasona tanto de mujer, poco fué menester para que se conformasen.) Fué acaso una tarde á verla su dueño don Pedro, contóla como se casaba don Gaspar de Lara su hermano, nombróle la desposada; rogóla que fuese como otras señoras á la boda, porque se hallaban en ella, no solo todos los deudos como los caballeros del contorno; pero la nobleza toda de Portugal. No fué menester mucho para que doña Leonor de Guzman lo otorgase: holgóse en extremo por lo mucho que deseaba amartelar á don Carlos. En efecto, llegó la hora deseada, fué á la boda; pero tan costosamente compuesta, tan por extremo gallarda, que á la desposada le pesó segun el semblante ó ceño con que se mostró encapotada. El cabello llevaba lo mas del enlazado entre trenzas de perlas por hacer alarde de la hermosura, mostrando que con razon la llamaba huérfana la fama, pues ella sola daba valor á todas. No menos lo mostraba en las ropas de que se adornaba, pues por llamarse nácar la concha en que la perla nace la cota con lo demás. Todo era de raso nacarado, bordado de veneras, golpeado á trechos, forrado en velo blanco de plata; los golpes á sarpon en forma de eses, apuntados con botones de gruesas perlas por lazadas. De las demás señoras fué celebrada con general aplauso, de los caballeros todos venerada, de los dos amantes con palabras corteses respetada; solo el pobre don Carlos se estaba trasportado como de helado mármol, suspenso, tanto en su hermosura elevado, que con caerse de la mano el sombrero, no supo del suelo alcanzarle en gran rato. Notábalo todo alegre la doña Leonor con gran recato; pero no poco gozosa de empezarse á lograr su venganza. Empezóse en el salon un sarao luego de ocho damas, con ocho caballeros con extremo gallardos: eniraba en ellas don Sancho que fué el que lo alegró todo, porque al hacerles saltados floeos de la danza, alguna vez errando, dos ó tres resbalando como poco versado en el arte, al dar con la cabeza en el suelo otros tantos golpes, causó general desenfado. No fué menor el que tras este hubo, pues á dos coros, uno de damas, otro de galanes, se cantaron algunos versos por excelente tono; pero este romance, en loor de los desposados que relataré tan por breve, cuanto por parecerme que al gusto de todos fué mas agradable.

Del vergel de la belleza  
Dos flores amor cortó,  
De esplendores tan perfectos,  
Que son del orbe el farol.

Centro son de la hermosura,  
Globos de belleza son,  
Que en lo fragante, en lo bello  
No se da en ellas menor.

Una es rosa, otra clavel,  
Mas tan hermosas las dos,  
Que una es aurora entre rosas,  
Otra entre claveles sol.

Enamorado pues de ellas  
Amor que las ve en sazón,

Porque en su vergel se logren,  
El mismo las engertó.

Receloso no las hurte  
La parca, que es gran ladron,  
El las ató de su mano,  
El mesmo las desposó.

El se expone á defenderlas,  
El del hurto es el dragon,  
Porque á pesar de la muerte  
Goce el mundo su fulgor.

Estas dos flores son  
Los desposados,  
Plegue al amor se logren  
Eternos años.

Gustaron los desposados que doña Leonor cantase alguna nueva letra al son del arpa: rogáronse algunas damas por lo que todas grangeaban; porque la tocaba con notable destreza: no lo rehusó ella, antes por alegrar todo el concurso la tomó al punto, formando con tanto ornato al compás de las manos la garganta, tanto que robando con uno los corazones, con otros arrobaba las almas. Los versos que cantó al arpa, ella los compuso, glosando algunos de aquel tan celebrado romance de Góngora:

Segun vuelan por el agua  
Tres galeotas de Argel.

Eran extremadas las glosas por que con rebozo, por galante modo, tal vez en ellas daba á entender que las tres Galeotas eran sus tres amantes, que en el mar de su amor navegaban veloces; tal vez que su hermosura engendrara á todas tres. Solo un mal tuvo en ellas, que fué el ser algo larga, por lo cual aunque estuvo harto atento por tomarlas todas de cabeza para relatarlas, solamente pude las dos con que empezó, de que en parte me alegro harto, porque tendrán menos que notar ó que mofar los cultos, cuanto por no hacer sospechosa la verdad de esta novela; porque suelo topar algunas con romances tan largos, que mas parecen compuestos por los autores de ellas que cantados por las damas ó de fuerza ha de presuponer el lector que no eran nuevos ó que andaban trasladados, pues no dando razon de como pudo saberlos todos de cabeza no faltando verso, pudo el autor relatarlos. Las dos glosas son estas:

Tres galeotas bogar  
Por la mar de una belleza  
Se ven con tanta destreza,  
Que mas parecen volar:  
Mas como de amor la mar  
En sus aguas se desagua,  
Por ser en ellas su fragua,  
Parece que él las formó,  
O que el agua las brotó,  
Segun vuelan por el agua.

Todas tres son españolas,  
Aunque á las de Argel parecen,  
Veloces se desaparecen,  
Cortando ufanas las olas:  
Por sus muchas banderolas,  
La mar parece un vergel.

Mas temo, que algun bajel  
De celos ha de cogellas,  
Que al cazarlas hará de ellas  
Tres galeotas de Argel.

No con haber cantado tan dulcemente se contentaron los desposados, antes rogaron á los caballeros que con las damas dos á dos danzasen, porque el general contento se aumentase: empezó don Pedro porque le cupo por suerte una gallarda; mas despues de haber danzado solo un rato, sacó cortés á la bella doña Leonor para que le acompañase, la cual danzó tan excelentemente que se llevó la palma, porque además de la destreza con que danzaba, á cada vuelta que daba, sembraba á la deshecha de los botones de perlas de la cota todo el suelo con notable desenfado: todos gozaron de tanta largueza, todos alabaron la traza: don Carlos solamente no lo alzaba porque no se pagaba de favores comunes, antes se reputaba por poco venturoso en no verla hasta entonces hablado, avara llamaba su suerte, mas desde luego empezó á entregarle el alma.

Acabóse la holgura luego con deshacerse el concurso, porque las damas acobardadas con el semblar de los botones de doña Leonor, no gustaron que el danzar pasase adelante: por esta causa fueron luego todos empezando á desembarazar el salon cada uno por su parte: doña Leonor por estar cansada se quedó para la postre,

pero al entrar en el coche reparando en que aguardaba don Carlos, para hablar con los dos amantes, por no mostrarse mas á él que á los dos grata, cortés con todos como honesta, se entró presto; pero dándole en que entender tanto porque ó fuese adrede ó acaso, empuñó turbada á buscar un guante por el coche, mostrando que con uno solo se hallaba. Fué presto don Pedro á buscarle al salon, mas fué en balde, pues al volver halló que don Carlos con don Sancho (por haberle entrambos alzado) altercaban de cuál de los dos era. Empuñó don Pedro como celoso la espada para cobrarle, mas la bella doña Leonor, rogando á todos que se sosegasen, los forzó con corteses razones á que se le entregasen, para darle ella al que mas fuese su gusto. Conformes todos en el justo parecer de su dueño, se le entregaron, aguardando suspensos el dudoso fallo; mas presto les sacó de deudas, porque dando el guante á don Pedro, procuró contentar á todos tres con estas palabras:

A vos don Pedro no ostoca este guante, pues aunque vuestra presteza se adelantó á las de todas buscándole en el salon, ganó la ventura don Sancho, pues le halló en el suelo, hacedme placer de dárselo de vuestra mano; pero tomad ese otro que vale mas, por ser el derecho. Vos, señor don Carlos, perdonadme el haber andado descortés, que estas son cosas de gusto; además que creo es debo pocos empeños, pues este del guante fué acaso pero no obstante, hacedme merced de prestarme los vuestros hasta que llegue á casa que prometo devolverlos ó por ellos otros ámbar.

Encarecer ahora el contento de don Carlos, su cortés respuesta, lo que lo celebró lo galante que anduvo, fuera excusado; pues de su nobleza, no solo se presume, pero claramente se conoce. Fuese doña Leonor, fuéronse á su casa los tres amantes, porque les rogó ella no acompañasen el coche por ser tarde. Quedaron con los favores todos tres contentos; pero don Carlos en extremo pues para celebrar los de su ventura (aunque dudoso de merecer la hermosa perla) que los causaba, respecto de los opuestos pretendores, luego que llegó á casa, templando un excelente laud (que algunas veces por entretenerse tocaba) á lo sonoro de sus voces, segun cuenta la fama, cantó de esta suerte:

Cuando de amor en el confuso lago,  
Noto en tres el favor, al pretenderlos  
Temo, bella Leonor, que he de perderos,  
Pero la fe se opone á tanto amago.

Noto vuestro favor, dudas deshago;  
Pero como no puedo mas quereros,  
Consúmeme el temor, que antes de veros  
Puede deberos mas amor, que os pago.

Socórrame la fe con que os adoro,  
Hermosa perla, que el dar vos un guante,  
Menos es que acertar dos con decoro.

Que aunque el menor favor vuestro es bastante  
A oponerse al que es mas, es mas tesoro  
Alcanzar mas favor por mas amante.

Pero como en los fueros del duelo nunca faltan cultos doctores ó matasanos que censuren; que las mas veces estos suelen ser zorras, cuando mas blasonan de leones, unos eran de parecer que el honor todo era de don Sancho, porque se llevó el guante que alzó del suelo, que era el fundamento de la duda; otros exageraban que el favor verdadero fué el de don Pedro, pues se llevó el guante derecho de la mano de su dama, dándosele ella misma por su gusto: otros aseguraban, no con pocas razones, que solo el favor hecho á don Carlos era el que mas realzaba, pues le daba á entender que sus guantes, eran para ella de mucho mas gusto, que los que á los otros daba (además que se supo como la dudosa promesa de los de ámbar, presto tuvo efecto) lo cual no obstante, tanto se altercó entre los populares sobre los tres favores, que hallándose don Carlos entre dudas de afrentado, por haberse llevado don Sancho el guante que se alzó del suelo acordó sacarle ó por corteses palabras, ó por la punta de la espada en el campo, para lo cual notó este breve papel, que se llevó un page.

Señor don Sancho: asegúranme algunos doctos del duelo, que el guante que os cupo en suerte, me pertenece, porque le alcé del suelo antes que vuestra mano llegase á tocarle: hacedme placer de dárselo á este page, ó de buscarme esta noche á las doce en el terrero de Santa Ana, donde os aguardaré, no con mas armas que la espada. — Don Carlos de Mendoza.

Era don Sancho (aunque algo lerdo) tan esforzado como noble, partes que le forzaron á dar por respuesta que la segunda oferta aceptaba para buscarle en el terrero con su espada á la hora señalada. ¡Notables son los sucesos de la fortuna! Preparándose don Carlos en una casa aquella noche, una ó dos horas antes de la señalada, entra con otro papel por la puerta otro page, en el cual rota la nema, halló estas razones:

(Se continuará.)

## La Francia pintoresca.

EL DEPARTAMENTO DE LA SARTHE.

(Conclusion.)

La Fleche debe formar parte de los ferro-carriles de la Sarthe por medio de un ramal que se destacará, cerca de Aubigné, de la línea del Mans á Tours. Este ramal seguirá el valle del Loir y servirá el Lude, capital de canton de 4,000 habitantes, cuyo magnífico castillo pertenece al marqués de Talhouet, el diputado del tercer partido á quien han dado tanta notoriedad los sucesos políticos de estos últimos días. El castillo de Lude, comenzado por los años de 1457 por Juan de Daillon, chambelan de Luis XI, es un vasto edificio de estilo del Renacimiento, que recibió grandes ensanches en el siglo XVIII. Su interior está adornado y amueblado con un gran lujo. Un cuarto donde durmieron Enrique IV y Luis XIII conserva su aspecto del siglo XVI.

La línea dal Mans á Tours, prolongación natural hácia el Loira del ferro-carril de Caen al Mans, atraviesa una planicie ondulada entre las cuencas de la Sarthe y del Loir. A derecha é izquierda, á cinco ó seis kilómetros de la via hay una porción de bosques, de los cuales el principal es el de Bersay, al Este de Ecommoy y de Mayet, bosque que cubre una superficie de 5,165 hectáreas con magníficas espesuras que cuentan mas de dos siglos. Pero Ecommoy, Mayet, Vaas y Châteaudu-Loir, las principales estaciones de la línea no ofrecen actualmente mas que palacios y casas modernas en vez de las fortalezas feudales que en otro tiempo fueron su gloria. Unicamente un poco mas lejos en el límite del departamento, la aldea de Dissaus-Courcillon, edificada en un sitio bellísimo, en la confluencia de dos rios, el Escotay y el Grevot, conserva las ruinas imponentes todavía de su castillo, en donde nació el marqués de Dangeau, el lacónico y malicioso cronista de la corte del gran rey.

Al Este del ferro-carril del Mans á Tours se extiende el distrito de Saint-Calais, el único de la Sarthe que hasta ahora se encuentra desprovisto de vias férreas. Sin embargo, es probable que en un porvenir mas ó menos próximo, el ramal del Mans á Vendôme, pasará por la capital del distrito, curioso pueblecillo de 3,600 habitantes, situado á orillas del rio Anille. Saint-Calais tomó su nombre de una abadía de benedictinos fundada en el siglo VI por san Calesio y reconstruida en el siglo XI por un tío del poeta Ronsard. Solo queda de ese monasterio la casa abacial, convertida en casa de Concejo y teatro. En cambio el castillo, fuerte elevado en el siglo XI sobre la colina contigua, no ha desaparecido enteramente. El torreón principal subsiste aun defendido por la parte del valle por unas rocas cortadas á pico y por zanjas profundas en la parte opuesta, desde cuyas ruinas se ve el pueblo con su mercado moderno y su iglesia. E. P.

### Excavaciones

DE UN OPPIDUM GALO. (BIBRACTA.)

(Conclusion.)

Detrás de esas murallas y dentro



La Francia pintoresca. — Departamento de la Sarthe; Castillo de Lude.



Trajes del departamento de la Sarthe.



Saint-Calais.

del recinto se han descubierto varios hornos de mineral (fig. XI) y fundiciones de cobre ó de hierro. La dibujada en la fig. XII tiene en sus paredes de fábrica ranuras, y en su suelo embetunado agujeros destinados á recibir los postes que sostenian la techumbre, así como tambien se ven canales abiertos para conducir el agua á los hornos cuando era necesario; fraguas (fig. XIII) con sus conductos de agua y sus tubos (fig. XV, números 3 y 4), que podrian haber servido para los fuelles, como en las fraguas á la catalana; dos hornos llenos todavía de panes de tierra refractaria, que sin duda pusieron á secar para hacer crisoles (fig. XIV); hácia un saliente de la muralla, grandes agujeros verticales, de 45 cent. de lado y 70 cent. de profundidad, que debieron recibir enormes postes, los cuales sostenian quizá una torre de madera que dominaba las inmediaciones de la plaza; por último, mas lejos de la muralla habia largas hileras dobles de agujeros de vigas que indicaban grandes cobertizos, y en algunos de esos agujeros se hallaron fragmentos de madera reducidos á yesca.

Todo ese barrio debió estar consagrado especialmente al trabajo de los metales; y con efecto, César dice que los galos tenian muchas fraguas.

Fuera y delante de esta entrada fortificada por el lado de la via; se ha descubierto tambien una casa de herrero con todos sus instrumentos. Las tenazas de la fig. XVII núm. 3 provienen de esa casa.

Todas esas excavaciones, que apenas comprenden la octava parte del recinto, han producido pocos objetos de arte, ni siquiera una medalla de oro, ni una estatua; pero en cambio se ha hallado un estripl con la estampilla «Viccius,» y dos llaves de bronce (fig. XVI, núm. 1), algunas fibulas de plata ó de bronce, varias llaves (figura XVI, números 3, 4, 5, 2, 2), un anillito de pendiente de oro, varios de hierro y ciertos instrumentos de mineral (fig. XVIII), dos ó tres puntas de flecha de pederal, algunas de hierro, un perno procedente de la fundicion, una agarradera de viga, varias lorigas, pocos hierros de lanza (fig. XVII) ó de espada, pero una gran cantidad de restos de ánforas, de vasijas domésticas de todos tamaños y formas, hechas de tierra y con dibujos muy variados, algunos de estos cacharros con inscripciones galas en letras griegas (figs. XIX y XX); y por último, cerca de cuatrocientas medallas de bronce y plata enteras y rotas, de las cuales mas de trescientas sesenta galas y las demás romanas, pero contemporáneas de César ó de Augusto.

Todas estas medallas se hallan hoy expuestas en el museo de San German.

En Autun, por el contrario, de las mil y quinientas medallas recogidas en 1865 en la zanja del ferro-carril que penetró hasta el suelo natural, no se encontraron mas que dos medallas galas de GERMANVS, contemporáneas de Augusto.

Se puede pues sacar en conclusion que ningun establecimiento céltico precedió en las márgenes del Arroux á la ciudad romana que allí fundó Augusto, y que la gran fortaleza de los antiguos eduenses estaba, como Fiesela, Eryx, Itomo y Larisa, cerca de Argos, en la cumbre de un monte de difícil acceso. Cuando la conquista romana pacificó la Ga-

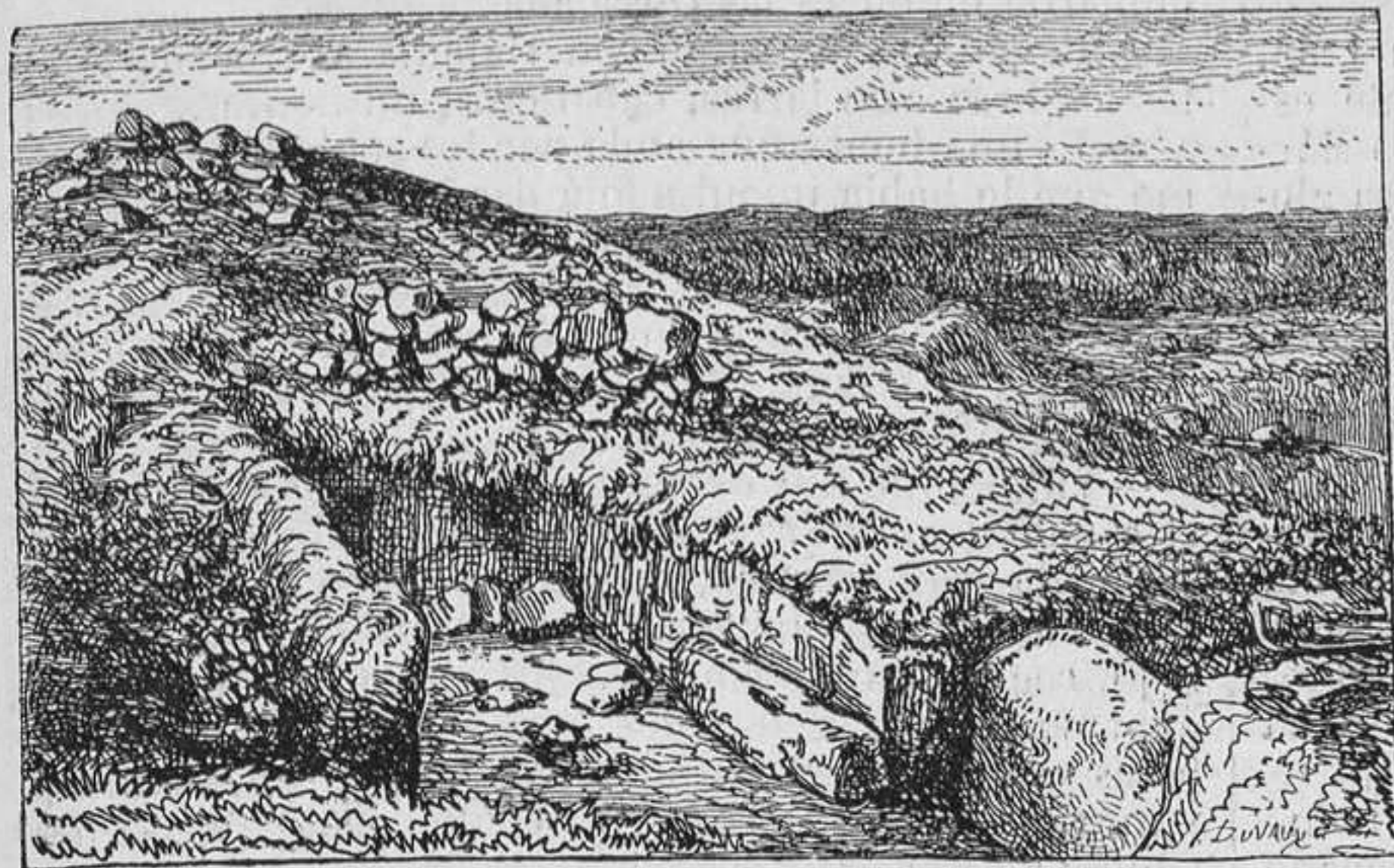


Fig. XI. — Horno de mineral galo.

lia, los habitantes de Bibracta no tardaron en abandonarla unos tras otros, llevándose á Autun todo lo mas precioso que tenian en sus casas.

Ultimamente se han emprendido de nuevo las excavaciones. La liberalidad del emperador no se detendrá en esas tres campañas de exploracion, y muy luego la Francia tendrá un gran oppidum galo que oponer al tan conocido de Pompeya.

V. DE A.

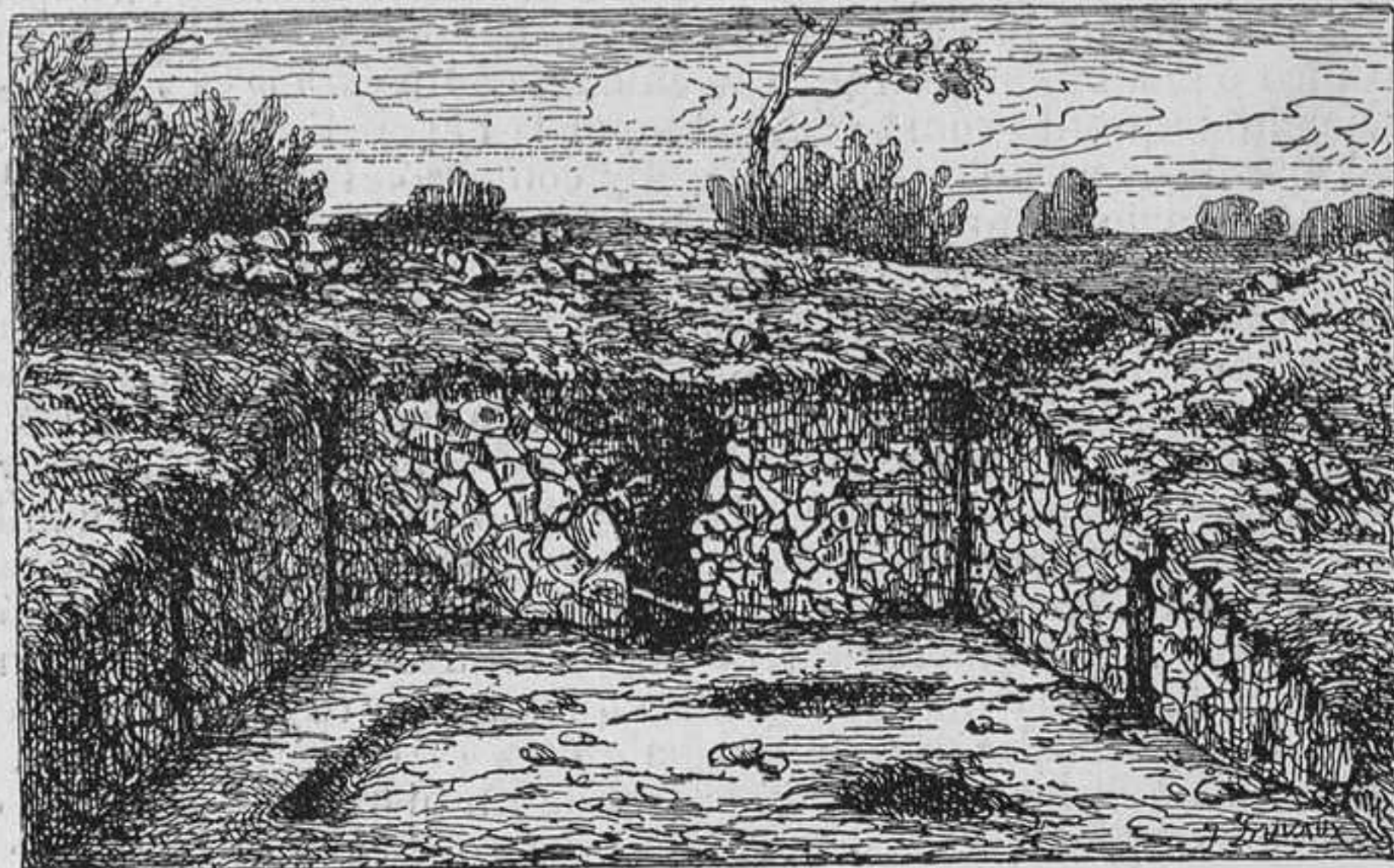


Fig. XII. — Interior de fragua galo.

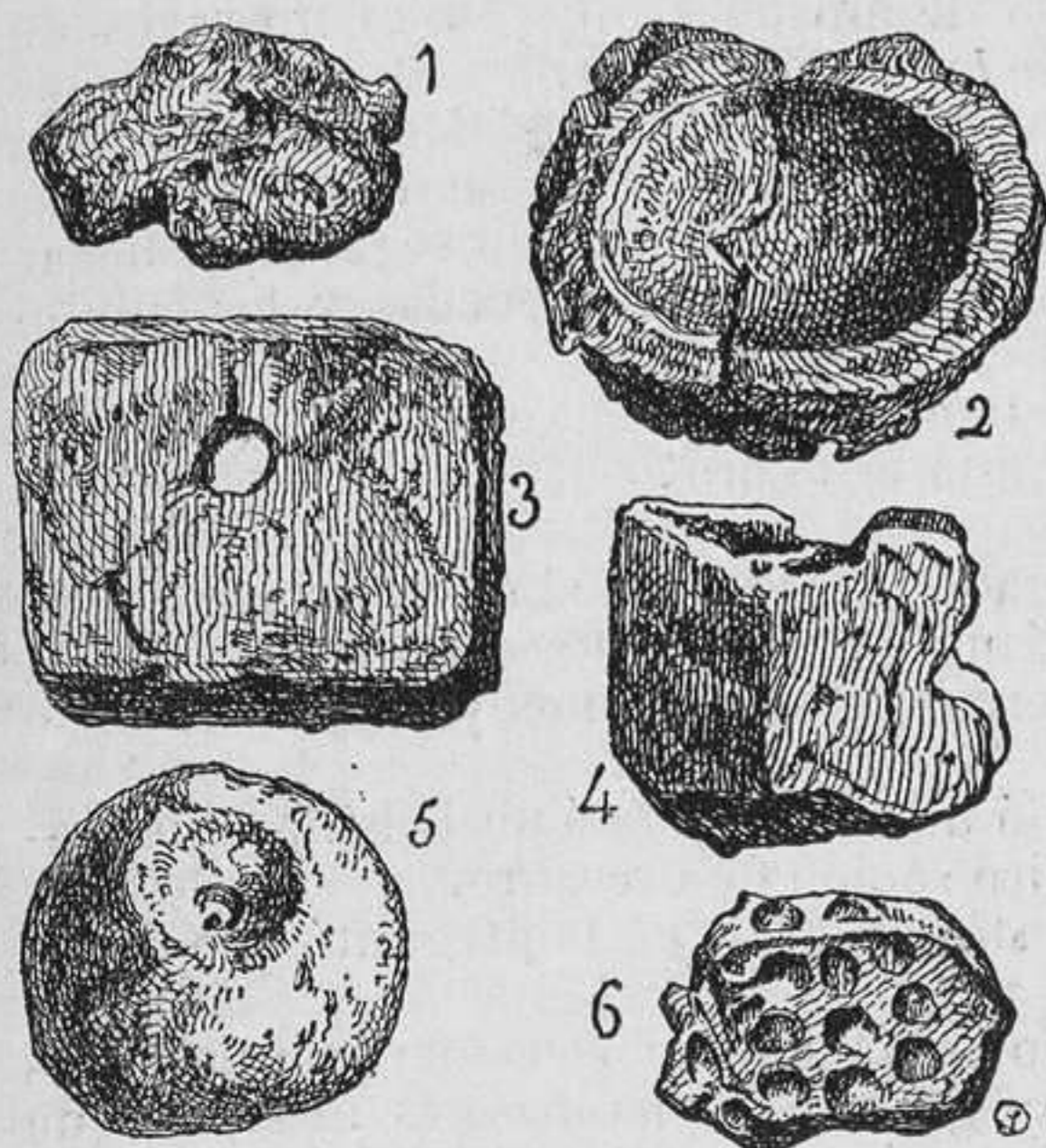
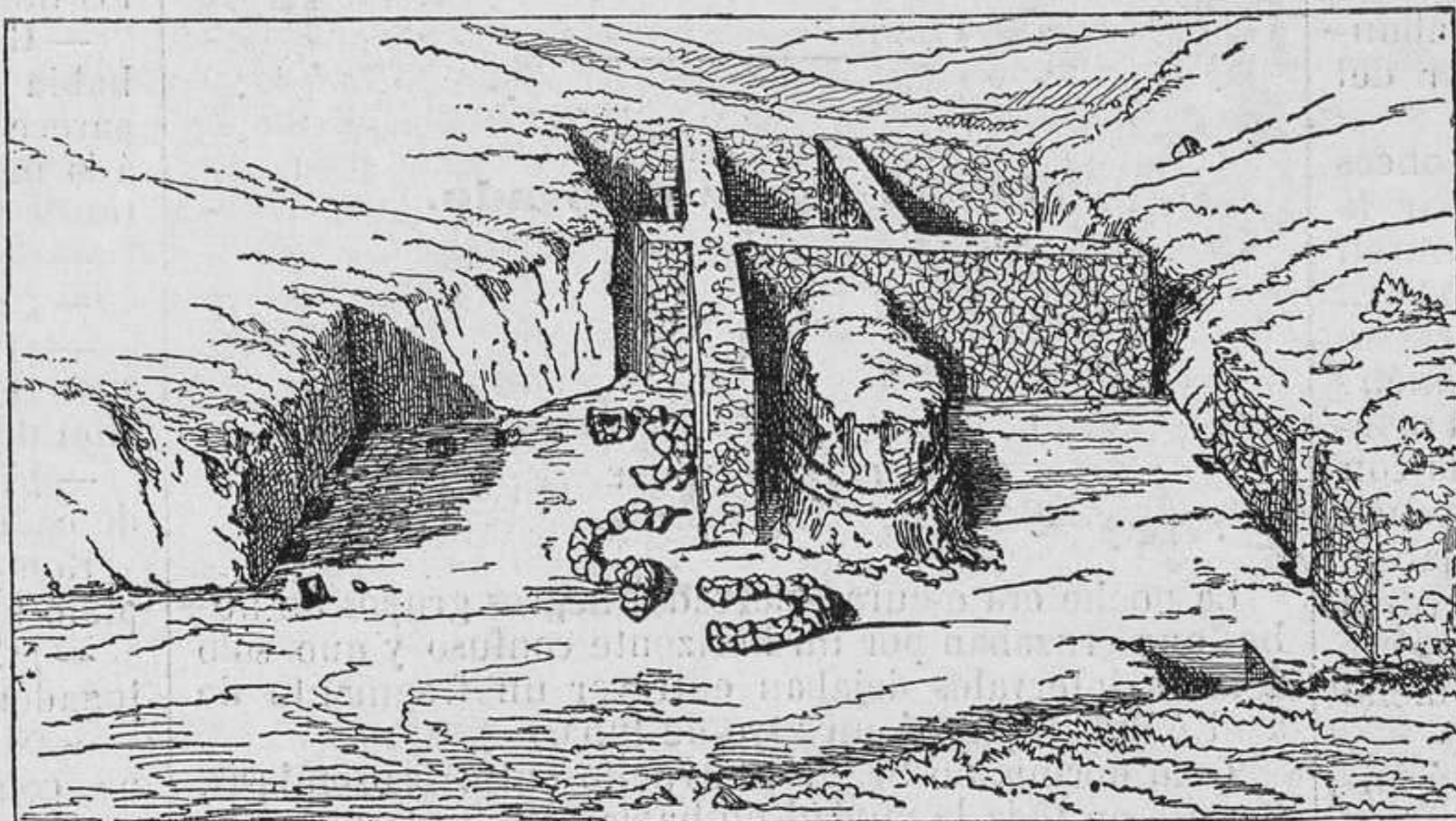


Fig. XV. — 1. Escoria de hierro fundido al crisol. — 2. Crisol de tierra refractaria. — 3. Tobera de fragua. — 4. Restos de tobera de fragua. — 5. Pan de arena refractaria. — 6. Piedra de afilar.



Agujero de vigas. Hornos de mineral. Sepultura.  
Fig. XIII. — Perspectiva de las construcciones de una fundicion gala.

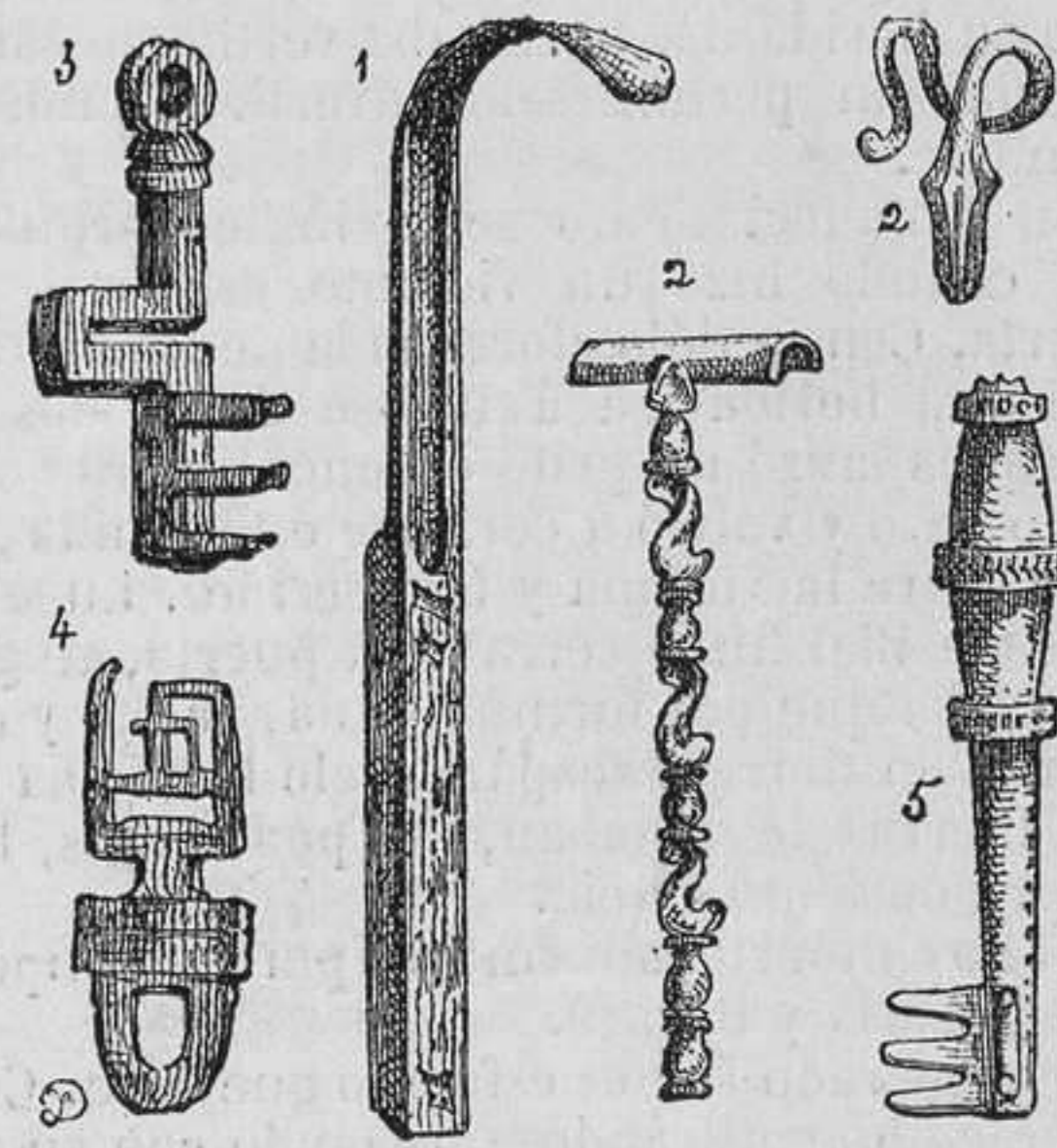


Fig. XVI. — Objetos de bronce.  
1. Estrigil. — 2. 2. Fibulas. — 3. 4. 5. Llaves.

La espada del muerto.

(Conclusion.)

— Dadme la carta príncipe.  
— ¡Amigo mio!  
— Príncipe, os lo pido como el premio que puedan merecer mis servicios. Encargadme vuestro mensaje.  
El príncipe se calló y acercándose á su escritorio escribió cuatro líneas, cuatro líneas solo, pero en ellas puso su alma. En seguida, alargando la carta al marqués.  
— Dios proteja, dijo, al mensajero que camina á la muerte.

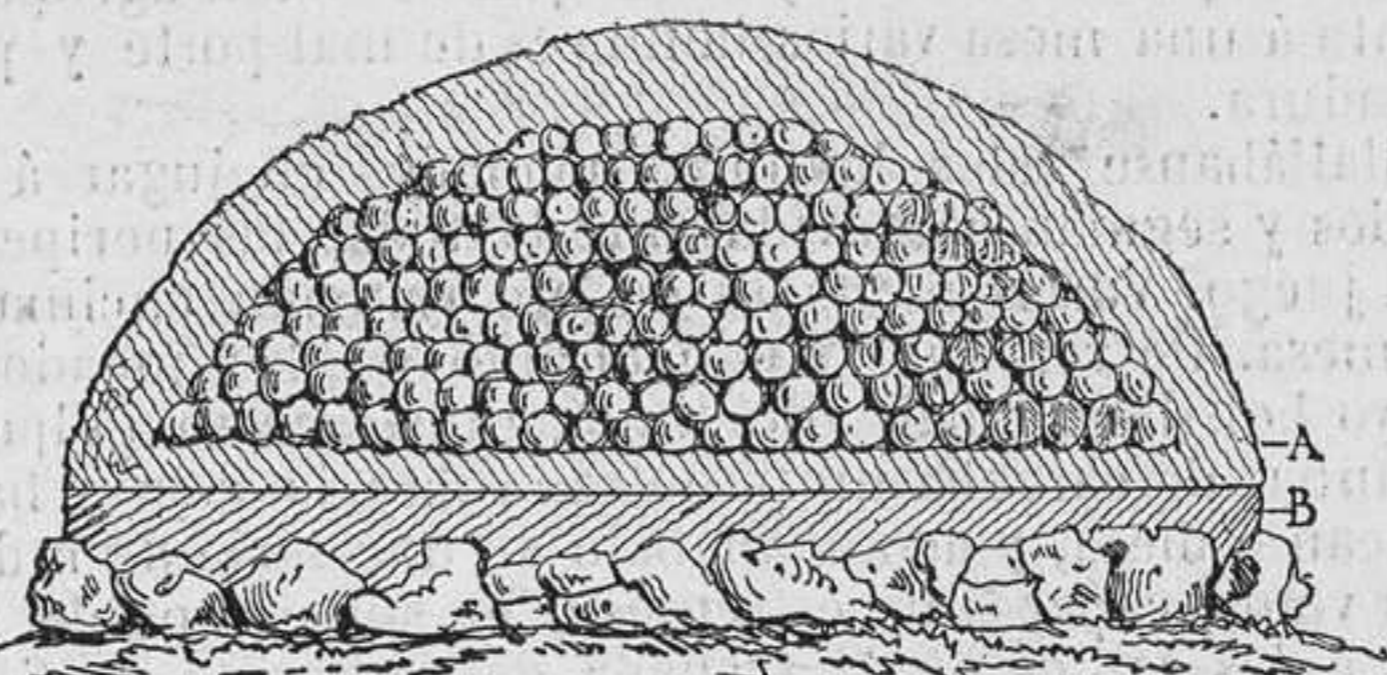
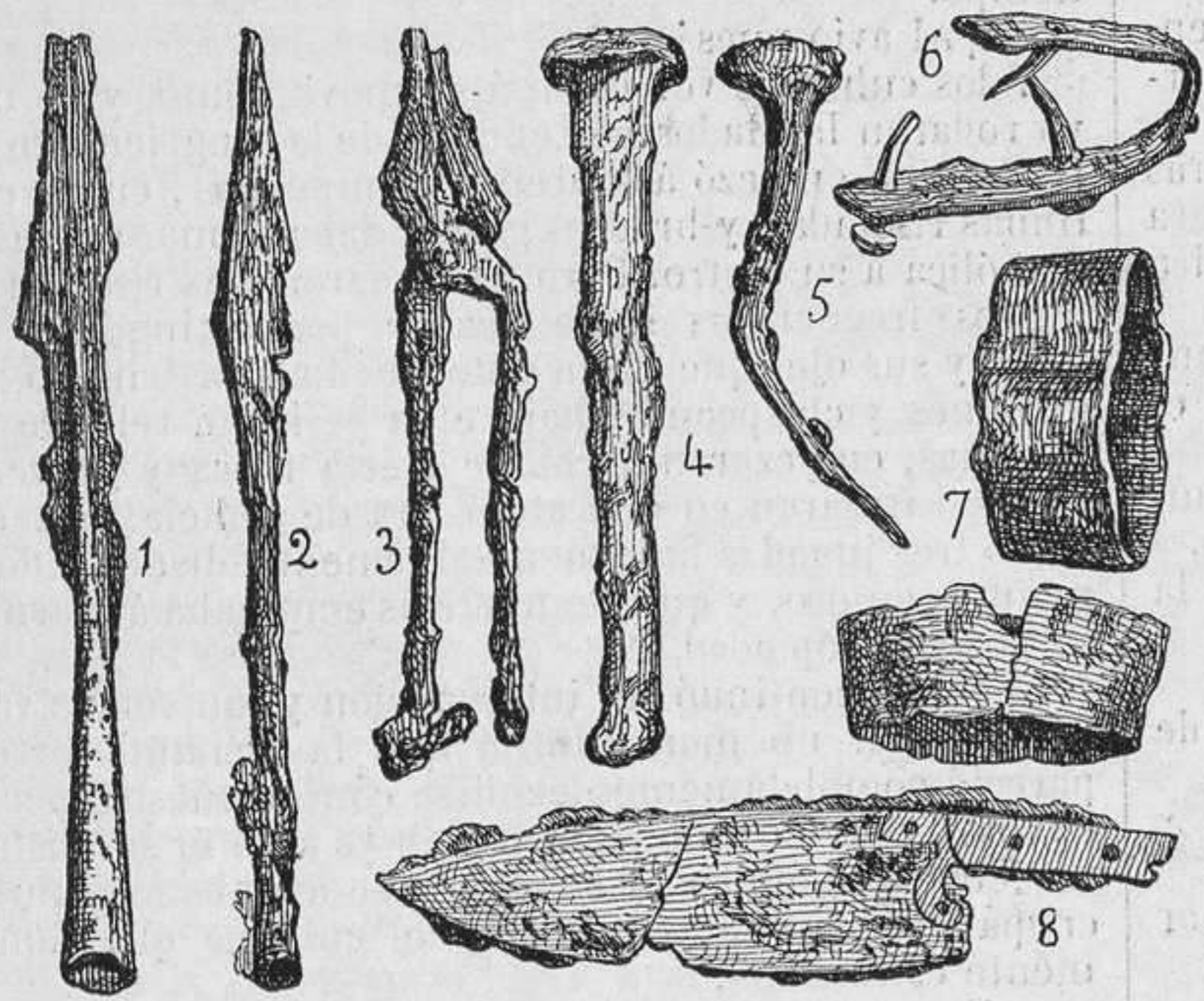


Fig. XIV. — Corte del horno de panes de arena refractaria.  
A. Carbon. — B. Materia refractaria.

— La carta llegará, señor.  
Cárlas abrió sus brazos al marqués, que se precipitó en ellos con la efusion y la ternura de un hermano.  
Aquella misma noche, cuando hacia ya buen rato que la tierra estaba envuelta en las sombras, el de Biel se envolvió en su capa, empuñó la espada con su mano derecha y con la izquierda la daga, escondiendo entrambas armas debajo de los pliegues del embozo, y tranquilamente, con paso firme y continente sereno, se internó por la calle de árboles que dirige á la cerca de que estaba rodeada como una fortaleza la habitacion y parque de la reina.  
Cerca estaba de la puertecita por la cual habia entrado las otras noches, cuando le pareció observar un



Objetos de hierro.  
Fig. XVII. — 1. 2. Lanzas. — 3. Tenazas. — 4. 5. Perno y clavo de amazon. — 6. Agarradera de viga. — 7. Lorigas de los conductos de madera de las fraguas. — 8. Cuchilla.

bulto que se movia junto á un árbol. Sin embargo, como la noche estaba oscura, nebulosa y sin luna, el de Biel no pudo asegurarse bien.

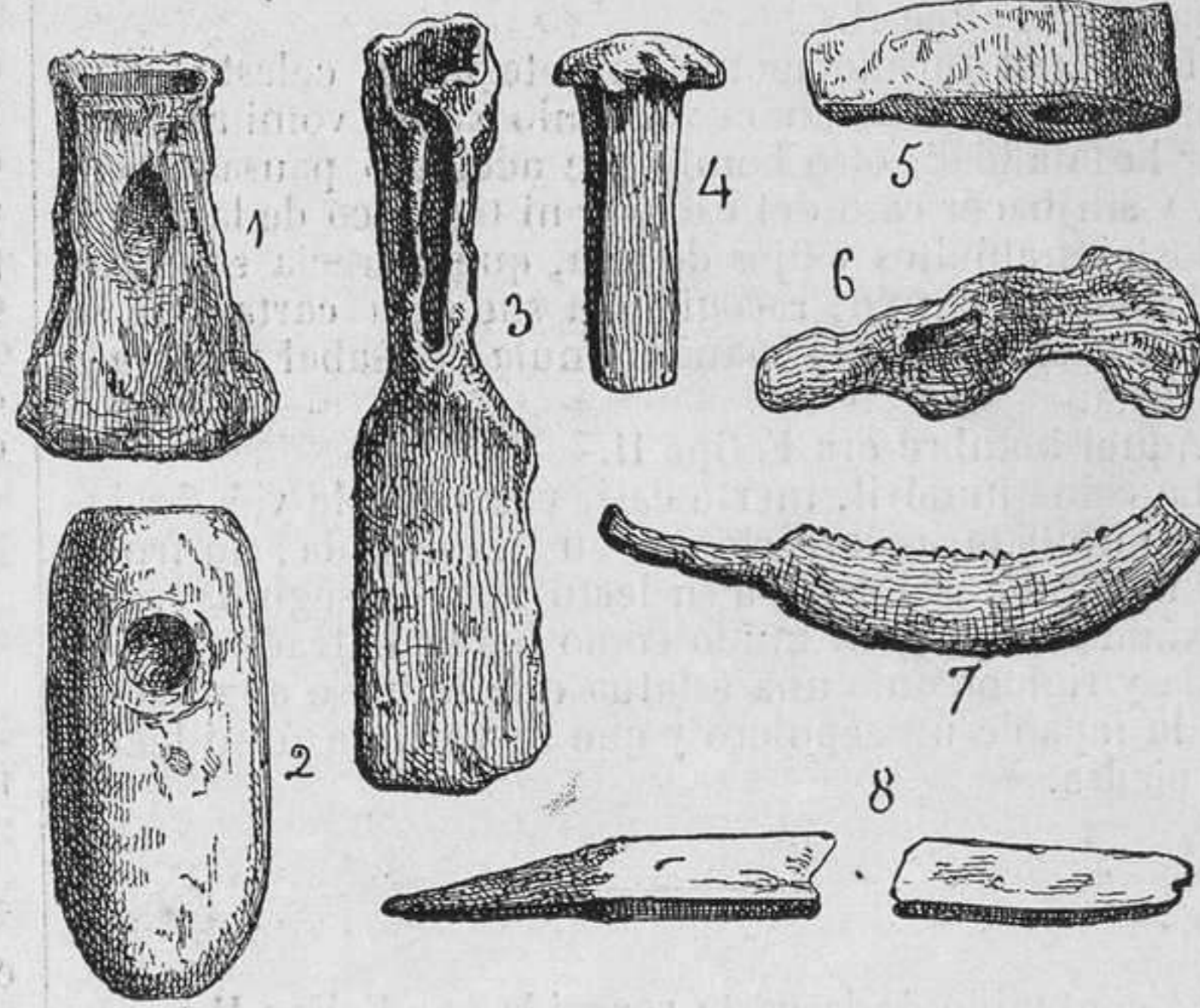
Detúvose no obstante y preguntó en voz alta:

— ¿Quien va?

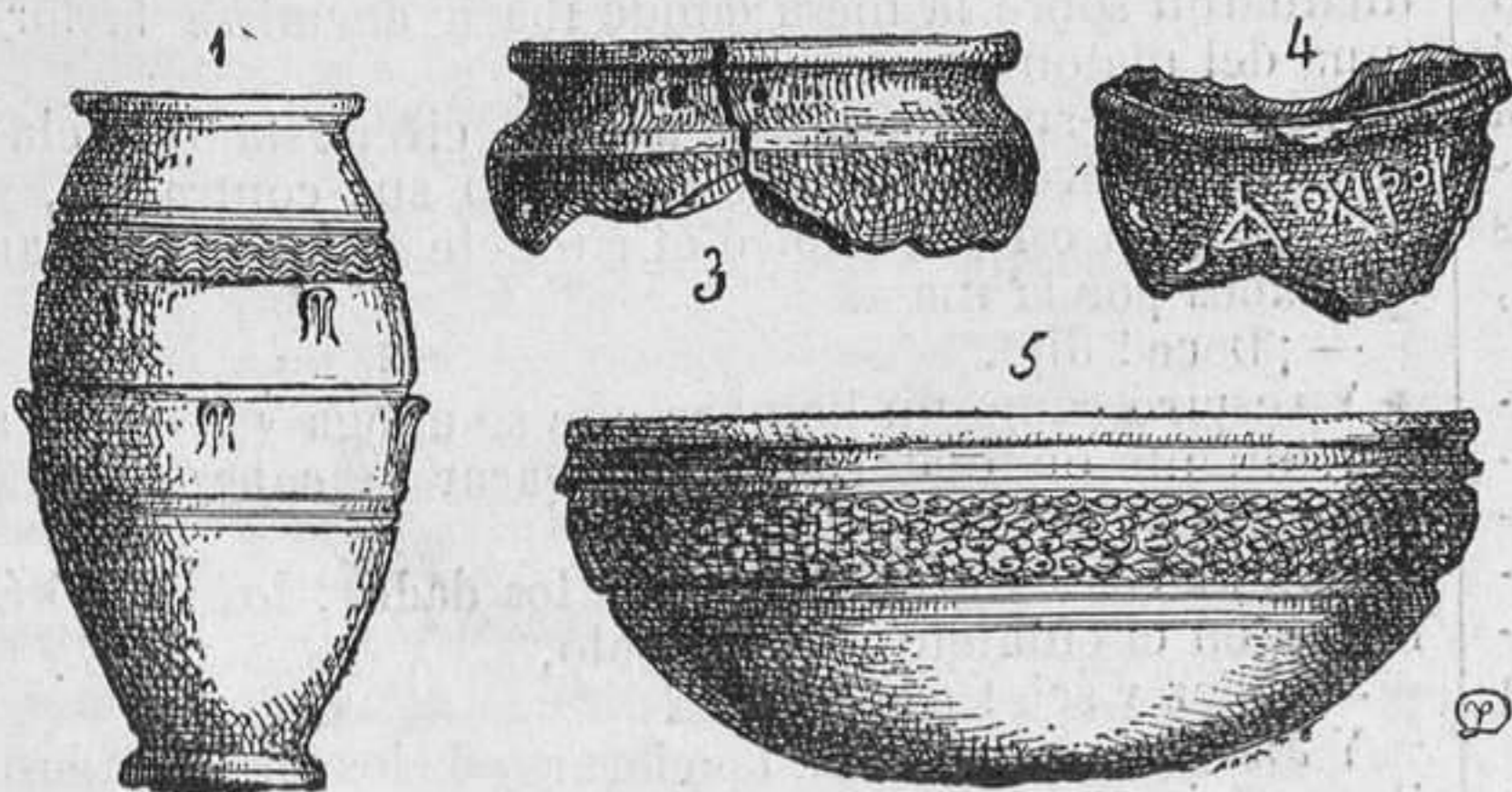
Nadie contestó. Ni el menor soplo de aire agitaba las cabelleras de los árboles. El silencio era profundo. Todo parecia muerto, sumergido todo en la vasta extension de las tinieblas que envolvian la tierra como con un sudario. Solo enfrente de él y á sus costados veia vagamente el marqués dibujarse sombríamente sobre la misma oscuridad los agigantados olmos, que parecian gigantes espectros elevando su frente al cielo.

Viendo que no recibia respuesta su pregunta, el de Biel se decidió á seguir adelante. Pocos pasos le faltaban para llegar á la puerta. Cogió la daga entre los dientes, pasó su espada á la mano izquierda y con la derecha tomó la llave que debía facilitarle entrada.

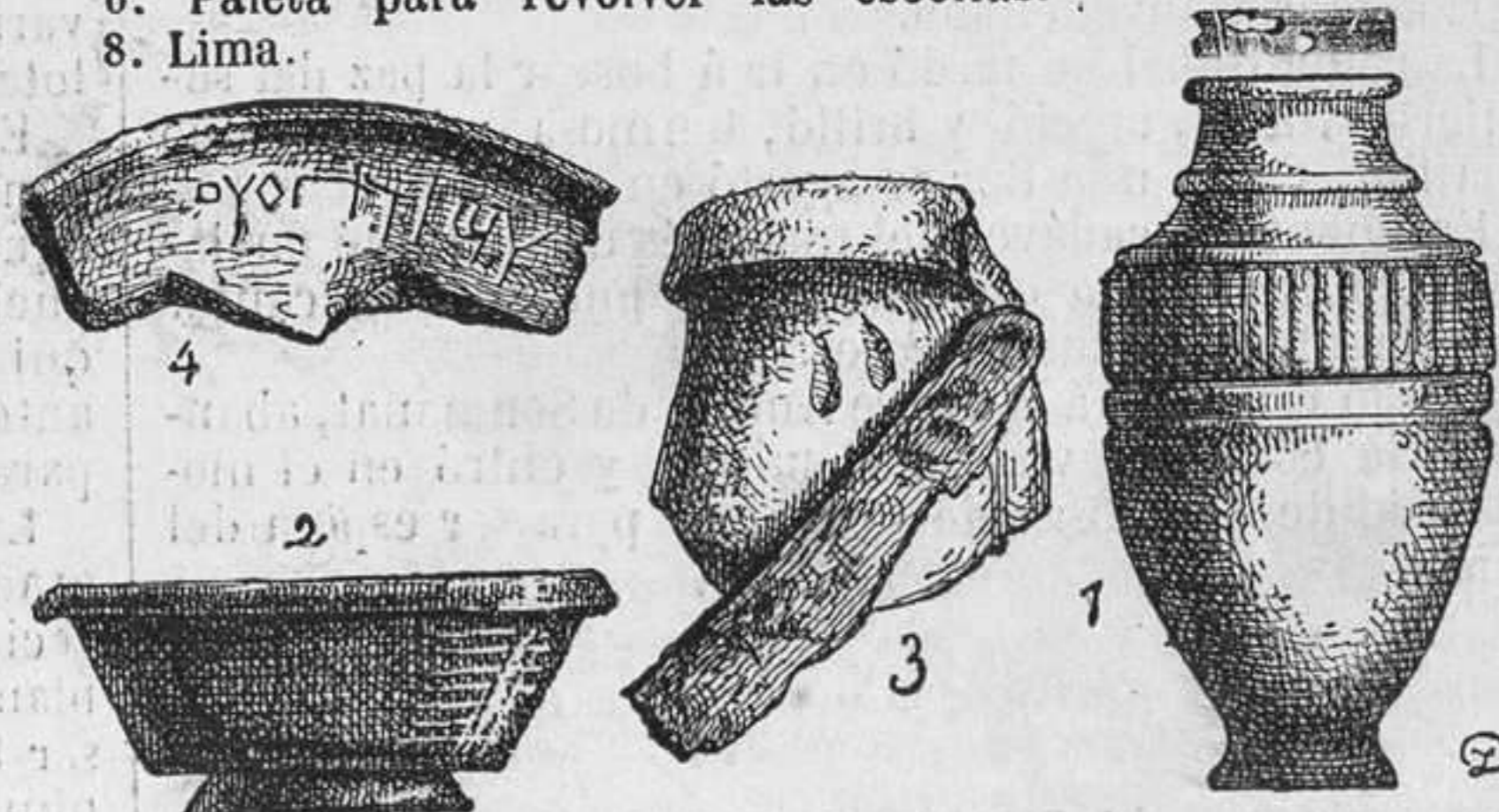
Sin estorbo ninguno llegó á la puerta, y comenzaba ya á dar gracias á Dios, cuando le pareció oír un extraño ruido á su lado. Volvióse, y en el acto mismo vió una mano armada de un puñal desprendirse sobre él, pero dispuesto y prevenido como estaba, pudo librarse recibiendo la puñalada en los pliegues de su capa. Inmediatamente empuñó su es-



Objetos de hierro.  
Fig. XVIII. — 1. Celt. 2. 3. 4. 5. Herramientas de minero. — 6. Paleta para revolver las escorias. — 7. Podadera. — 8. Lima.



Cerámica gala.  
Fig. XIX. — Vasijas y fragmentos de alfarería.



Cerámica gala.  
Fig. XX. — 1. 2. Olla y cazuela. — 3. Fragmento de espada pegado á un pedazo de ánfora. — Fragmento de alfarería con inscripcion gala en caracteres griegos.

pada y describió un círculo, tropezando en seguida con un cuerpo. Un ay ahogado y el golpe de una caída le probaron que no había dado en vago.

Cinco ó seis bultos se irguieron entonces ante él, apareciendo de pronto como vomitados por la tierra. El de Biel apoyó sus espaldas en la puerta y comenzó el combate. Al propio tiempo que se defendía como un héroe, nuestro joven caballero, que había perdido la daga, la cual se le había caído en el primer ataque, hacia violentos esfuerzos con su mano izquierda para dar vuelta á la llave que había logrado introducir en la cerradura.

Los asesinos atacaban con vigor y con energía sin pronunciar una palabra. El de Biel se defendía con valor y de vez en cuando algunos ayes ahogados respondían del éxito que alcanzaba su acero. Era un combate encarnizado, como hubiera dicho un cronista de aquella época, tanto mas horrible cuanto que era entre las tinieblas y que nadie decía una palabra.

De repente el marqués sintió el frío de un hierro penetrar en su pecho, pero de sus labios no se escapó el menor gemido. Era la suya un alma verdaderamente espartana. Aun recibió otra herida en el brazo, y conoció por fin que si aquella lucha se prolongaba, las fuerzas no tardarían en agotarsele. Cada vez luchaba con menos vigor, con mas flojedad, con menos ímpetu. Era que su herida del pecho iba vertiendo sangre en abundancia, sin permitirle advertir el mismo calor del combate.

Su desfallecimiento se lo indicó pronto, y entonces fué cuando hizo un violento esfuerzo para abrir la puerta. Consiguíólo afortunadamente en el momento en que otra herida iba á unirse á las dos primeras. El marqués lanzó un grito entonces, pero ya la puerta le abrió paso y volvió á cerrarse en seguida, interponiéndose entre la víctima y los asesinos. Luego que el marqués de Biel hubo cerrado la puerta, asegurándola con la aldaba que por fortuna tenía, vació y cayó con una rodilla en tierra, escapándosele la espada de las manos. Las fuerzas le faltaban, no podía mas, había perdido sangre en abundancia.

— Soy muerto, murmuró, pero no importa. He dicho que llegaría y llegaré.

Desesperado fué el esfuerzo que hizo. Comenzó á andar medio arrastrándose, regando con su sangre el camino, cayéndose á cada diez pasos.

— ¡Dios mio, Dios mio! balbuceaba, ¡cuatro minutos de vida, solo cuatro!

Pudo por fin llegar á la puerta del pabellon, entornada como siempre, y empujándola, entró en el vestíbulo, iluminado por una lámpara, llamando con voz ahogada á la reina. Esta salía en aquel momento, acudiendo al rumor de espadas que le había parecido oír en el jardín.

Júzguese de su asombro y terror cuando vió tendido en el suelo á un hombre cubierto de sangre. Sus cabellos se erizaron, sus rodillas flaquearon, su rostro palideció.

— ¡Reina, reina mia! gritó con voz doliente el moribundo marqués.

— ¡Justicia de Dios!... ¡El marqués!

Y la reina se arrojó hácia él.

— Tomad, balbuceó el de Biel tendiéndole la carta y con la voz de la agonía, tomad, es del príncipe. ¡Decidle á él... y á mi Aurora... que muero pensando... en... ellos!

Y el marqués de Biel rodó exánime á los piés de la esposa de Felipe II.

En aquel mismo momento ¡eternidad celeste! otro hombre penetraba en el vestíbulo como vomitado allí por la fatalidad, otro hombre se adelantó pausadamente, y sin hacer caso del cadáver ni tampoco de la reina, á los ojos alóntos y fijos de esta, que parecia sobreco-gida de un pasmo, recogió del suelo la carta que se había deslizado de la mano trémula de Isabel y se puso á leerla.

Aquel hombre era Felipe II.

La reina inmóvil, inerte casi, pasmada, le vió desdoblar el billete, recorrerlo con su fria mirada, no fruncir ni siquiera el gesto á su lectura, y en seguida salir llevándose el papel, mudo como había entrado, impasible y rígido como una estatua que hubiese abandonado la tapa de un sepulcro y que se volviese á su lecho de piedra.

El contenido de la carta recogida por Felipe II nadie lo ha sabido jamás.

Pocos dias despues de esta escena el príncipe Don Carlos moría envenenado.

La reina Isabel no tardó en ir á buscar la paz del sepulcro. Nació, creció y brilló, hermosa y bella como una flor. Como una flor se agostó en seguida.

En cuanto al cadáver del marqués de Biel, fué enviado á Cataluña para que sus restos pudieran descansar en el panteon de sus mayores.

Por lo que toca á la pobre Aurora de Senmanat, abandonó la córte, se vino á Cataluña y entró en el monasterio de religiosas de Pedralves para ser esposa del Señor.

## IX.

## LA ESPADA DEL MUERTO.

Tal es la historia que me contaron hace algunos años

en cierta tarde de mayo que fuí á visitar el castillo de Picalqués.

Este castillo, — mi querida Aurora, mi buena Lola, aquellas para quienes se han escrito especialmente estas líneas, — está situado á la falda de San Pedro Mártir, y debe verse perfectamente desde la deliciosa glorieta que poseeis en la casa de campo de vuestros amados padres.

Cierta tarde fuí á visitar este castillo, sobre el frontal de cuya puerta lei el *Non sic semper sed*, divisa de los señores de Biel que allí ha quedado eternamente grabada; y en uno de sus salones, debajo de un retrato de familia, ví pendiente una vieja espada. Aquella espada, que religiosamente se conserva, es la que un dia empuñó el marqués de Biel, héroe de los sucesos referidos, la misma con la cual se defendió de sus asesinos á la puerta del parque de la reina. La llaman los de la familia, por tradicion, *la espada del muerto*.

Ví la espada, la tuve en mis manos, guardé el nombre que la daban, recogí la historia, y hoy he apelado á mis notas y á mi recuerdo para contárosla á vosotras, deplorando solo, queridas mías, que narracion tan bella no haya encontrado pluma mas hábil.

## El del capuz colorado.

## I.

## NUESTRO HÉROE.

La noche era oscura, merced á negros grupos de nubes que cruzaban por un horizonte confuso y que solo á raros intervalos dejaban entrever un fragmento de azul ó daban paso á un rayo de luna.

Todo dormía en Segovia envuelto entre las sombras, y acaso en toda la ciudad no había mas luces encendidas que la que brillaba en una de las ventanas del famoso alcázar, iluminando tal vez al privado del infante Don Enrique, el ambicioso marqués de Villena, que en el silencio de la noche meditaba sus planes de mayor y futura elevacion, y la que alumbraba el cuarto bajo de un apartado meson, en el que se veían agrupados junto á una mesa varios hombres de mal porte y peor catadura.

Hallábanse estos hombres ocupados en jugar á los dados y seguían con ávida mirada todas las peripecias del juego. Varias monedas de oro relucían encima de la mesa. De vez en cuando alguno de los jugadores, cuyo bolsillo acababa de limpiar un asesino golpe de fortuna, descargaba un puñetazo sobre la coja y bamboleante mesa, y acompañábalo de una serie de redondos votos, capaces de estremecer en sus nichos de piedra á los santos de la fachada del convento de Santa Clara.

Cuando esto sucedía turbábase repentinamente el silencio, los rostros se volvían graves hácia el molesto interruptor, y si daba la casualidad que este leyera en alguno de aquellos rostros cierta expresion de ironía ó de sarcasmo que le hiciera cosquillas á su carácter pendenciero, los votos se trocaban en provocaciones y armábase una de gritos, de amenazas y de blasfemias, que el viejo mesonero, abandonando el mostrador tras del cual dormitaba, se veía obligado á adelantarse para poner paz á los querellantes con cierta seriedad cómica que obtenía casi siempre los mas buenos resultados.

Una de estas escenas tenía precisamente lugar cuando hemos penetrado, invisibles espectadores, en el cuarto bajo del meson.

— ¡Otra tenemos! murmuró el mesonero interrumpido bruscamente en su sueño por desaforados gritos.

Y se adelantó cojeando y desperezándose hácia la mesa.

— Caballeros, por la Virgen bendita...

— Volveos á vuestra ratonera y no os metais donde no os llaman, le dijo uno de los jugadores.

— ¡Dejadnos en paz, tio Corneja! exclamó otro.

El mesonero se llamaba en efecto el tio Corneja.

— ¡Pero, caballeros, por la honra de mi posada, por el crédito de la Cruz de hierro!

— ¡Qué honra ni qué calabazas! gritó un tercero, hombre fornido y de recios miembros, que dando un manoton por la espalda al mesonero le envió á rodar á varios pasos de distancia como quien despide una pelota.

El tio Corneja, en su obligada carrera tropezó con un banco, enredóse en uno de sus piés, y perdiendo el equilibrio, cayó á la otra parte de cabeza, dando la vuelta mas acabada y graciosa que pudiera dar cualquiera de los afamados saltimbanquis que pocos dias antes habían llegado á Segovia procedentes de Italia, para divertir al infante.

La voltereta del mesonero hizo lo que no habían logrado aquella vez sus prudentes advertencias. Desapareció la expresion airada que mostraban todos los semblantes, suspendiéronse las amenazas antes de atravesar los labios, y la hilaridad mas completa y mas unánime sucedió á las ojeadas que furiosos se lanzaban un momento antes los agresores.

El tio Corneja se levantó con toda la prontitud posible, y blanco de las burlas, se cuadró con cierta digni-

dad y frunciendo las cejas ante sus huéspedes, que re-doblaron entonces las carcajadas.

— Caballeros, exclamó con ridícula gravedad, puestos los brazos en jarras, caballeros, mi honra...

— Es una honra que anda por los suelos, dijo el mismo que le había impulsado á dar la voltereta.

Las mas ruidosas carcajadas resonaron de nuevo y aquel bullicio aturdidor amenazaba prolongarse á costa del pobre mesonero, si una voz bronca, dominando el ruido, no hubiese hecho volver los rostros de todos los circunstantes hácia la puerta.

— ¡Eh! ¿qué mil demonios de infierno es el que hay esta noche en la Cruz de hierro? había dicho la voz.

Pertenecían estas palabras á un nuevo personaje que acababa de presentarse en el umbral. Era un hombre bajo, rechoncho de cuerpo, ojos bizcos, color moreno, enormes bigotes retorcidos, colete de ante, arrugadas botas y un inmenso espadon colgado de un anchísimo y mugriento tahalí. Todo esto acompañado de un desdenoso aire de maton y perdonavidas que hacia oler su vida aventurera á dos leguas de distancia.

La atencion del concurso se desvió del mesonero con la llegada de este personaje.

— Bien venido, Rompetejas, dijeron á coro varios de los huéspedes de la Cruz de hierro.

— Gracias, caballeros, exclamó adelantándose el que había recibido tan sonoro y pomposo nombre. ¡Hola, parece que se pasa el rato! añadió en seguida al llegar á la mesa y al ver sobre ella las monedas y los cubiletes de los dados.

— Se mata el tiempo.

— ¿Y qué tal está el tesoro?

— ¡Pse!

— De buen grado os desafiaba si os supiera en posicion de resistir á mi ejército.

— ¿Tan numeroso es? dijo uno cuyos ojos brillaban de codicia.

Rompetejas dió una manotada á su bolsillo, que despidió un simpático sonido de oro puro.

— ¿Con que estás en grande? le preguntó uno de los jugadores.

— Ni el mismo don Juan Pacheco, marqués de Villena, con todos sus señoríos y privanzas es mas rico que yo, contestó Rompetejas alargando el labio inferior con un supremo gesto de desden.

— ¡Hola, hola!

El maton sacó dos ó tres puñados de oro y los puso sobre la mesa. Era una verdadera riqueza. Todos alargaron el cuello para clavar en el dinero sus miradas.

— ¡Rayo! murmuró uno de los huéspedes del meson: aqui hay la vida de diez hombres.

— Pues os engañais, contestó Rompetejas mirándole de reojo, no hay mas que la vida de uno.

— Será uno de los primeros nobles.

— Era un pájaro de cuenta. Dios le haya perdonado y á mí tambien por haberle cortado sus alas.

Con esta conversacion se había completamente desvanecido el accidente que tuviera lugar al entrar Rompetejas, y este mismo se había olvidado ya de querer indagar la causa. El tio Corneja se retiró en silencio, acurruándose tras del mostrador.

— Con que vamos á ver, preguntó Rompetejas, ¿hay uno que se atreva á apropiarse este montoncito de oro por medios legitimos?

— Se acepta el guante, dijeron dos ó tres á un tiempo.

— ¡Al avío pues!

Y los cubiletes volvieron á su movimiento, y de nuevo rodaron los dados por encima de la mugrienta mesa. La fortuna empezó á sonreír á Rompetejas, cuyas continuas risotadas y bruscos gestos daban una expresion diabólica á su rostro. Pero no tardaron esas risas en ser menos frecuentes, hasta acabar por extinguirse del todo, y sus ojos que hasta entonces habían bailado jugueteones y chispeantes bajo el espesísimo velo de sus pestañas, empezaron á cobrar cierta fijeza y gravedad como si nadaran en una atmósfera de codicia. Era que dos ó tres jugadas habían notablemente disminuido el monton de oro, y que Rompetejas empezaba á alarmarse por su propiedad.

El juego continuó sin interrupcion y con suerte varia hasta llegar un momento en que la vacilante fortuna pareció completamente decidirse contra nuestro perdonavidas. Solo dos monedas lucían ya ante él su triste y rubicunda redondez, y sus labios se agitaban trémulos, crispándose su mano en torno del cubilete que febrilmente estrechaba.

— Van mis dos últimos ducados, dijo el despechado Rompetejas.

Y movió el cubilete haciendo sonar los dados con un ruido que tenia para él algo de lúgubre.

Todos los cuellos se alargaron y todas las cabezas se inclinaron sobre la mesa donde iba á decidirse la fortuna del maton.

Este paseó sus ojos bizcos por los circunstantes, clavólos en su oro que tenían recogido sus contrarios, y haciendo un esfuerzo volcó el cubilete y envió á rodar los dados por la mesa.

— ¡Doce! dijo.

Y respiró como un hombre que se ahoga y al que un movimiento ondulatorio le hace sacar la cabeza fuera del agua.

Uno de sus contrarios recogió los dados, los volvió á meter en el cubilete y vaciándolo,

— ¡Diez y seis! exclamó.

Y alargó la mano para apoderarse de los dos ducados. Rompetejas, por un movimiento que no pudo reprimir, descargó un puñetazo sobre esta mano que se adelanta-

ba con el justo y piadoso objeto de dejarle sin blanca.

— Yo no pago, dijo recogiendo su dinero.

— ¿Cómo es eso?

— Aquí hay ardid.

— ¡Infame!

— Aquí hay fraude.

— ¡Miente el bellaco!

— Cortarle la lengua.

— ¡Tirarle por la ventana!

— ¡Afuera el matachin!

— ¡Al ladrón!

— ¡Al asesino!

Todas estas voces y otras muchas que se perdieron en la confusión, fueron pronunciadas de una manera amenazadora. En medio de la gritería un puño cerrado y unido á un brazo nervudo, como un pomo á un garrote, fué á sentarse entre los labios y la barba de Rompetejas.

Este se hizo atrás y desenvainó su espadon.

Un bullicio infernal, una barahunda imposible de describir tuvo lugar entonces. Todos se levantaron, las mesas y asientos rodaron por el suelo, los votos y juramentos llenaron la estancia: quién blandía una espada, quién enarbolaba un banco, con el que hacia un molinete sobre su cabeza, quién presentaba su mano armada de un puñal, quién de un garrote.

El pobre mesonero, despertado por la centésima vez, se subió sobre un viejo taburete de cuero y empezó desde allí á exhortar á la paz y á la concordia para honra siempre de su meson, y sin atreverse á acercarse al grupo, por prudente temor á una advertencia como la pasada, pero no hubo de valerle. Uno de sus huéspedes, cansado de sus gritos, se apartó del sitio de la querrela y dió un puntapié al taburete. El mesonero rodó por el suelo hasta llegar debajo del mostrador, donde se mantuvo agachado mientras duró la contienda.

En el interin, Rompetejas, describiendo semicírculos con su espadon, habia mantenido á raya á sus agresores, que se contentaban con llenarle de denuestos, pero no faltó uno que apoderándose de un jarro vacío, lo arrojó con toda furia á la cabeza del espadachin. Este vió venir sobre él el proyectil y pudo evitarlo bajándose, pero cuando se incorporaba, otro jarro fué á dar en su mano derecha, causándole tan terrible dolor y tan fuerte contusión, que se le escapó la espada. El mismo quedó un momento tambaleándose ciego de dolor.

Un hurra general retumbó al verle desarmado, y todos se arrojaron hácia él. Comprendió Rompetejas la importancia del peligro, volvió en torno suyo unos ojos desfavoridos, y viéndose cerca de la puerta del meson, se lanzó por ella, agitando en el aire su estropeada mano.

Cuatro de los mas decididos se precipitaron tras él.

El matachin, á quien la proximidad del peligro daba alas, empezó una carrera desalada, no parando de correr hasta que al volver una calle tropezó con una piedra, yendo á caer cuan largo era á seis pasos de distancia.

Un hombre pasaba en aquel momento, y al ruido volvió la cabeza, pero creyéndole sin duda algun tuno embriagado, disponiase á seguir su camino, si Rompetejas incorporándose y viendo quizá en aquel hombre un salvador, no le hubiese detenido con su voz doliente:

— ¡Oh, quien quiera que seáis, salvadme, me persiguen, quieren asesinar-me!

El desconocido se detuvo y trató de descubrir entre las sombras de la noche el porte y las facciones del que así le pedia auxilio.

— ¿No teneis espada? le preguntó con voz dulce y flexible como la de una mujer, pero en la que bien se notaba, sin embargo, un caballeresco acento varonil.

— La he perdido, murmuró el espadachin, y tengo estropeada la mano derecha.

— ¿Sois caballero? preguntó de nuevo el desconocido como si hubiese necesitado hacer aquellas preguntas antes de resolverse á prestar el auxilio de su brazo al que se lo reclamaba.

Rompetejas vaciló en contestar: diciendo que no, temia perder el salvador que le deparaba la Providencia, y diciendo que sí, hacia traición á su conciencia y al acento de franqueza y buena fe con que el desconocido le hiciera la pregunta. Recurrió pues á la agudeza de su ingenio y procuró evadirse.

— Esto segun y conforme, dijo, va en opiniones. Yo me creo tan caballero y tan hidalgo como el mismo Cid, pero mis enemigos... ¡qué quereis!... ¡los enemigos!...

El desconocido queria sin duda una respuesta categórica; así es que se encogió de hombros y se disponia á marchar sin hacer caso de las súplicas del perdonavida, cuando los cuatro agresores del meson desembocaron en la calle blandiendo unos sus espadas y otros sus garrotes.

— ¡Ahí está, ahí está! gritaron al ver al que perseguian.

Esta circunstancia volvió á detener los pasos del desconocido, que cuadrándose no pudo menos de exclamar, dirigiéndose á los recién llegados y hablándoles con el marcial desembarazo y altivo desenfado que caracterizaba á los caballeros de aquella época.

— ¡Cuatro contra uno!... sois unos perros.

— ¡Eh! ¿quién es ese figuron que asoma y nos llama perros?

— Quien puede, contestó el caballero.

— Hacedos á un lado, fantasmon; no va nada con vos.

— Pero va con vosotros. Escoged otro camino. Esta calle es mia.

— ¡Ja, ja, ja! ¿vuestra? ¿Y quién os la ha dado?

— Mi espada.

Dijo el caballero, y sacando en efecto su espada, arremetió contra los cuatro que se dispusieron á resistirle. En aquel momento las nubes se rasgaron y un pálido rayo de la luna vino á alumbrar aquella escena. El de los cuatro que estaba mas cerca del caballero y que se preparaba el primero á sostener el combate, se hizo atrás con espanto murmurando:

— ¡El caballero del capuz colorado!

— ¡Oh! gritaron los otros con terror, ¡el del capuz colorado!

Y todos cuatro volvieron las espaldas, huyendo presurosos de aquel hombre cuyo solo aspecto bastaba á ponerles en fuga.

Al mismo tiempo tambien, Rompetejas murmuraba con cierto respeto y asombro unidos:

— ¡El caballero del capuz colorado!

Y se acercó humilde á su libertador, que envainaba su espada, para darle gracias.

Todo en el desconocido revelaba al caballero y acaso tambien al cortesano. Su traje era sencillo, pero de la mas fina tela, sus manos eran blancas y delicadas, su rostro desaparecia tras la máscara de seda que usaban en aquel tiempo los caballeros cuando no querian ser conocidos, y colgaba de sus hombros, cubriéndole la cabeza con una elegante capucha, una especie de capita finísima, parecida en la hechura al albornoz morisco, llena de bordados y de color carmesi. A esto sin duda debia el nombre que le dieron los cuatro bribones cuando huyeron desalados ante el del capuz colorado.

Rompetejas habia empezado á darle gracias, pero sin poder desprenderse, entonces que ya habia pasado el peligro, de aquel tonillo fanfarron y particular que le distinguia como á muchos de su clase.

— ¿Quién eres? le preguntó el caballero interrumpiéndole.

— ¡Quién soy! Un antiguo soldado.

— ¿Cómo te llamas?

— Rompetejas.

— ¡Buen nombre, por vida mia!

— ¡Soberbio!

— ¿Y cuál es ahora tu oficio?

— Matar gentes.

El caballero dió un paso atrás con cierta repugnancia.

— Y os ofrezco mis servicios, continuó imperturbable el espadachin, aunque no seais vos de los que acostumbra á recurrir á mi brazo. ¡Ay! no, si todos fueran desgraciadamente como vos, que segun cuenta la fama no teneis miedo ni á un ejército, mi pobre oficio estaria perdido. Pero en fin, quién sabe, puede que á veces os ocurra tener que deshaceros de un pariente rico ó de un acreedor importuno, y entonces, ya lo sabeis, mi brazo y mi espada están á vuestra disposicion, sin que os admita un maravedí como hago con los demás. Me habeis salvado: algun dia podré quizás pagaros con mis servicios. Si se ofrece pues, envidad á la Cruz de hierro, una posada que se halla ahí cerca. Allí está Rompetejas todo el dia.

— ¡Está bien, gracias! dijo secamente el caballero.

— Lo digo como lo siento.

— Está bien, repitió el caballero; vete ahora. Esta calle es mia.

Rompetejas saludó.

— Ahí tienes para beber á mi salud.

Y el desconocido arrojó una bolsa llena de oro, á juzgar por el sonido, que no era el matachin capaz de equivocarse con ningun otro.

Rompetejas se alejó repitiendo las gracias.

Así que hubo desaparecido, el del capuz colorado se acercó á una puertecita que se dibujaba en la esquina de la calle, y en el muro de una casa inmensa, en la cual se veian algunos restos de fortificacion como si en algun dia hubiese sido castillo; sacó una llave de su bolsillo, abrió la puerta, y despues de haberse asegurado que ningun curioso podia verle, desapareció.

La puerta se cerró tras él.

Antes de seguir adelante, fuerza será identificar al lector con alguna escena de la vida de este caballero, que nadie en Segovia conocia mas que por el del capuz colorado.

Dos meses antes de la escena que en este capítulo se refiere, Segovia, para festejar al príncipe Don Enrique, levantó un palenque, y celebró un torneo, del que el mismo Don Enrique fué el primer dia mantenedor. Rompieron los caballeros algunas lanzas en honor de sus damas y de la reina del torneo, la hermosa Doña Beatriz de Guzman, llamada comunmente *la bella de las bellas*, tal era su sin par donosura, su gracia sin igual, su seductura belleza. El último dia del torneo se presentó en la arena un caballero desconocido, el cual con una destreza suma, un valor á toda prueba y un arrojo excesivo, venció á cuantos osaron luchar con él, acabando por quedar en el palenque sin que nadie se atreviera á disputarle el premio debido á su mérito.

El concurso, compuesto en gran parte de la nobleza del reino y de los cortesanos de Don Enrique, hizo cuanto pudo para obligar á que se descubriera el desconocido vencedor, al cual por otra parte no daba á conocer ni el menor distintivo ni la mas leve señal. Su escudo presentaba un horizonte oscuro cargado de espesas y negruzcas nieblas con este lema: *Sin amor*. Esta originalidad, el no presentarse vestido con el color de ninguna dama, el no poder saber nadie su nombre ni ver su rostro, el conquistar la palma del valor y de la victoria, que en aquellos guerreros y caballerescos tiem-

pos era la única palma envidiada, todo ese misterio y aureola del heroísmo que rodeó al caballero, le atrajo las simpatías del concurso, y en particular de las damas. Así es que cuando el vencedor atravesó el palenque para ir á recoger de mano de *la bella de las bellas*, el premio ganado con su lanza, todos se pusieron en pié palmoteando, ondearon en el aire las bandas y pañuelos, resonaron gritos de entusiasmo en favor del desconocido paladin, y no hubo ni una dama sola que no deseara ocupar en aquel momento el puesto de Beatriz de Guzman, para con su blanca mano coronar al simpático vencedor.

Este se hincó de rodillas ante *la bella de las bellas*, que con lisonjera sonrisa le cruzó la banda por el pecho. Al hacerlo, vió la hermosa jóven una mancha de sangre sobre la luciente armadura y lanzó un grito.

— ¿Estais herido? le dijo.

El caballero contestó que era solo una astilla de la armadura que le habia hecho un rasguño en el brazo. La hermosa Beatriz entonces, cediendo á un arranque entusiasta que todo corazón de mujer sentia por el vencedor, tomó el rico manto de grana que una de sus damas guardaba para con él envolverse á la salida del torneo, y rodeó con el manto el brazo del paladin.

— No lo abandonaré jamás, dijo este; vestiré de hoy en adelante vuestros colores.

Y desplegando el manto se lo puso sobre los hombros al son de los aplausos repetidos de la multitud.

De ahí el nombre que todos le dieron de *caballero del capuz colorado*.

Pocos dias despues se tuvo noticia de una hazaña contra una partida de moros, á los que habia puesto en fuga un caballero solo y desconocido que vestia sobre la armadura un capuz de grana.

Mas tarde, algunos hechos parciales en la misma Segovia, algunas aventuras nocturnas, en las que siempre figuraba con éxito el mismo caballero, alcanzaron al desconocido cierta fama en la corte y cierta nombradía en el pueblo. Llegó á presentarse como tipo del valor y de la caballería, nada sucedia rodeado de algun misterio que no se le achacase, y en una palabra, se hizo célebre, popular y temido el nombre del *caballero del capuz colorado*.

Esto es lo único que Segovia sabia del ser verdaderamente misterioso al cual hemos visto figurar en la aventura nocturna de Rompetejas.

## II.

### LA BELLA DE LAS BELLAS.

Retirado estaba en su gabinete de armas el conde don Fadrique de Guzman, pasando revista á todo su militar equipaje en compañía de su escudero mayor, cuando le anunciaron la visita del noble señor don Nuño de Torre la Selva.

Dió orden para que se le introdujera, y al estar los dos amigos en presencia uno de otro, despues de los usuales cumplidos, notó don Fadrique que el semblante de don Nuño le anunciaba alguna novedad.

— ¿Qué teneis, amigo mio, qué ocurre? dijo.

— Despedid á vuestro escudero, conde.

Don Fadrique hizo seña al escudero para que se retirase.

— Ya estamos solos.

— Oid, noble don Fadrique. Otorgada me teneis desde hace mucho tiempo la mano de vuestra bella hermana doña Beatriz de Guzman.

— Es cierto.

— Este lazo debe aumentar nuestra amistad y unir al mismo tiempo nuestros bienes y personas para formar liga contra nuestro muy particular y detestado enemigo el marqués de Villena.

— Es tambien cierto.

— Pues bien, hay quien se opone á nuestros proyectos.

— ¡Vive Cristo! y ¿quién es el insensato al que creéis con derecho para venir á entorpecer nuestros planes?

— Leed.

Y don Nuño pasó á don Fadrique un escrito.

— ¿Qué es esto?

— Clavado con una daga, dijo don Nuño, lo han hallado esta mañana mis servidores en la puerta de mi palacio.

Don Fadrique leyó:

VICTOR BALAGUER.

(Se continuará.)

### Hotel A.-T. Stewart en Nueva York.

El pobre se halla condenado en Nueva York á horribles miserias; la carestia exorbitante de todas las cosas le hace la vida imposible, pero al lado de estas dolorosas necesidades, se ven hombres que simpatizan con la desgracia, corazones de oro que consagran al remedio de los males sociales los millones que con su inteligencia han ganado en los negocios.

El hotel A.-T. Stewart, cuyo dibujo damos en la página siguiente, merece ser presentado como un ejemplo á todos los ricos de la tierra. M. A.-T. Stewart es seguramente



NUEVA YORK. — Hotel construido para las obreras, por M. A.-T. Stewart.

el comerciante mas rico de Nueva York, y la multiplicidad de sus negocios es tal, que verdaderamente no podría decir la cifra de sus dollars. Pero la construcción de este hotel prueba que al menos con él la fortuna no ha sido ciega, y que no podría haber puesto en mejores manos los tesoros que derrama sobre su casa.

Condolido de la triste situación en que se hallan en Nueva York los obreros de ambos sexos, M. A.-T. Stewart ha resuelto construir dos inmensos hoteles, uno para los obreros y otro para las obreras, con el fin de ofrecer á la clase laboriosa las condiciones de existencia mas confortables y económicas para su existencia.

Ahora bien, para realizar su propósito, M. A.-T. Stewart ha consagrado seis millones de dollars á la construcción de los dos edificios que se llamarán *Hoteles Stewart* y cuyas obras están ya comenzadas.

El primero, destinado á las obreras, está situado en la 4ª avenida entre la 32ª y la 33ª calle. Ya los cimientos asoman fuera de tierra, y cuando esté concluido, los constructores empezarán inmediatamente el segundo para los obreros.

Nuestro dibujo da el aspecto del enorme edificio, construido de hierro, á prueba de incendio y con tres fachadas á tres calles. La fachada que cae á la 4ª avenida tendrá 192 piés y entre las calles 32ª y 33ª tendrá 204 piés.

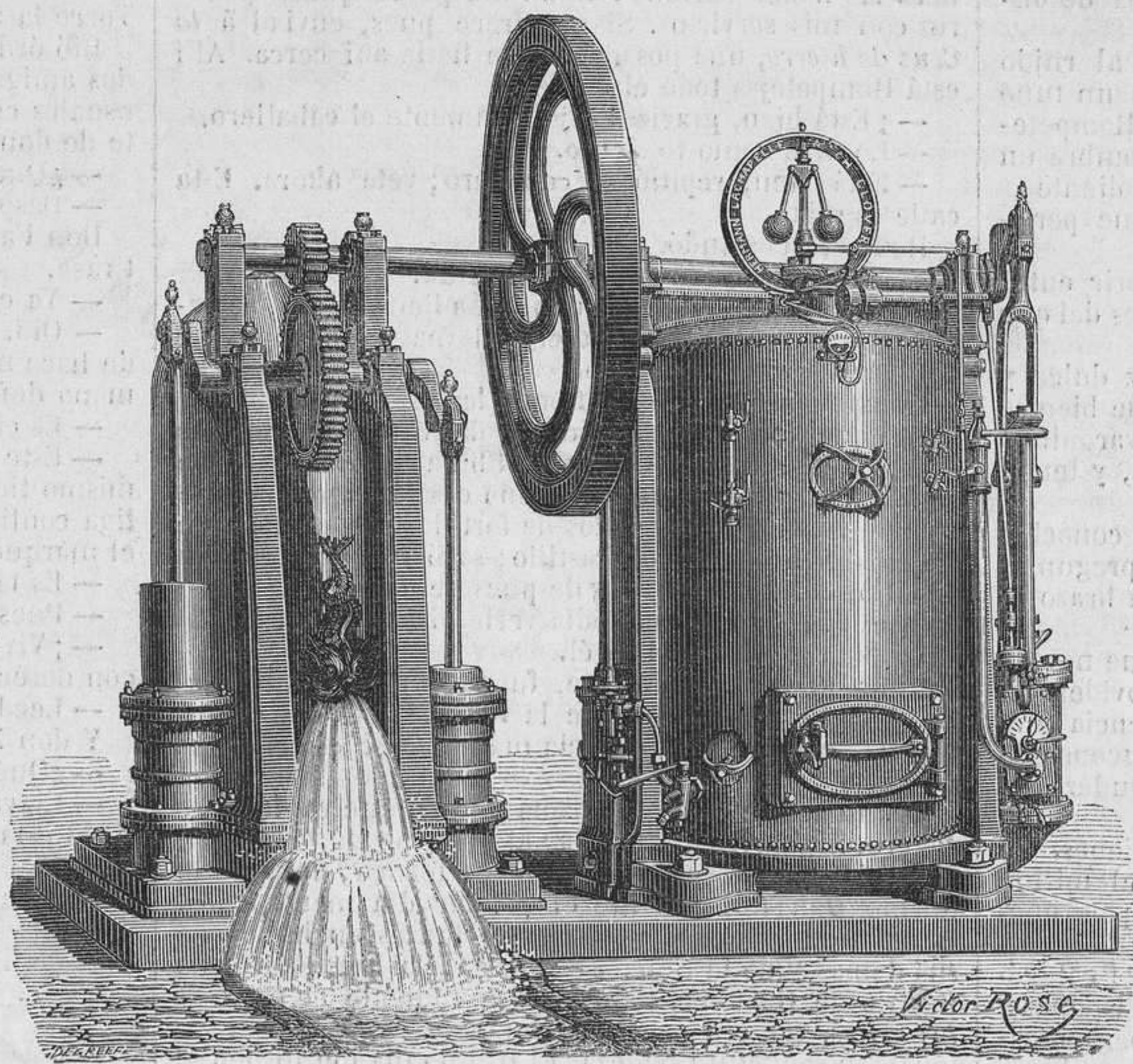
La superficie total representa 41,000 piés cuadrados, y su altura total será de 109 piés.

La distribución está comprendida de modo que el inquilino pueda tener á los precios mas ínfimos: casa, comida y todo el confort de la vida. Una biblioteca, un establecimiento de baños, una sala de reunión, caloríferos, en una palabra, todas las comodidades que constituyen la vida del hombre civilizado estarán en el hotel á la disposición de los inquilinos. Propónese el fundador alcanzar un resultado que regularmente es irrealizable para el obrero, á saber: hacer que el obrero pueda ahorrar de su salario. ¿No es este un laudable y generoso pensamiento? Dentro de algunos meses Nueva York poseerá un establecimiento modelo. ¿Quiera Dios que esta filantrópica creación sea un estímulo para todos aquellos que como M. A.-T. Stewart han sido tan extraordinariamente afortunados en los negocios.

H. C.

### Maquinaria.

Bomba de émbolos sumergientes, movida por una máquina de vapor vertical, construcción é instalacion de los señores Hermann Lachapelle y Ch. Glover, constructores mecánicos en Paris, 144, faubourg Poissonnière.



Bomba de émbolos sumergientes, de los señores Hermann Lachapelle y Glover.

Las bombas de émbolos sumergientes de la casa Hermann Lachapelle y Ch. Glover, movidas por una máquina de vapor vertical del sistema de estos constructores, son los aparatos hidráulicos mas cómodos y perfectos que conocemos. La reunion de la bomba y de la máquina en un mismo zócalo, sus disposiciones verticales, sus dimensiones bien proporcionadas y sus armoniosas formas, dan á su conjunto un aspecto gracioso y monumental que hace sirvan de adorno en los parques y jardines. Cuando la aspiracion no pasa de 30 metros, la instalacion cuyo dibujo damos no varia; pero á mayor profundidad, los émbolos se alargan segun requiere el caso, sin que por eso se perjudique á la armonía de esta maquinaria.

La serie de estas bombas comprende siete números, que pueden producir de 3,500 á 100,000 litros por hora; y convienen perfectamente para el abastecimiento y reparto de las aguas en las casas, la alimentación de las fuentes y los riegos rurales; el número mas alto, que produce hasta 100,000 litros por hora, puede bastar para el consumo de una población de 25,000 almas. La instalacion de la bomba y de la máquina reunidas

no es mas costosa ni embarazosa que la de uno de esos aparatos aislados: no hay mas que colocarlas en un zócalo comun y ya pueden funcionar. El precio de estas instalaciones es relativamente poco elevado, y siempre se está seguro de obtener un rendimiento exacto y determinado que rara vez se obtiene con los demás sistemas. — No entramos aquí en mas pormenores porque la casa envia franco el prospecto detallado.